

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — Tomo XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 17. — N° 282.

SUMARIO.

Don Pedro II, rey de Portugal, y la princesa Estefanía de Hohenzollern; grabado. — Las mujeres de la Biblia. — Inauguración de la estatua de Napoleón III en Burdeos; grabado. — Obras subterráneas en el boulevard de Sebastopol; grabados. — Revista de Paris. — Algunas reflexiones sobre la apreciación de las evoluciones de la lengua y el valor de las voces. — China; grabados. — Huracán en la isla de la Reunión; grabados. — El Espadachin. — Curiosidades inglesas; grabados. — Discursos pronunciados en la Academia española. — La instrucción pública en Argelia; grabados.

El 29 de abril se celebró en Berlín por poder el matrimonio de S. M. el rey de Portugal con la princesa Estefanía de Hohenzollern. La joven reina de Portugal salió de Berlín el 3 de mayo. Llegada a Bruselas partió el día 5, á las once de la mañana, en un tren especial que la condujo á Ostende, donde había ido á esperarle el vapor de guerra portugués *Mindello*. La



Don Pedro II, rey de Portugal, y la princesa Estefanía de Hohenzollern-Zigmaringen, casados por poder en Berlín el 29 de abril de 1858,

acompañaba S. A. R. el duque de Brabante.

La joven reina encontró en Ostende á S. A. R. la gran duquesa de Baden que se había adelantado para despedirse de su augusta nieta. En la propia ciudad el comisionado de Prusia, M. de Stilfried, gran maestro de ceremonias del rey de Prusia, hizo entrega de la reina al mariscal duque de Terceira, comisionado portugués. Inmediatamente se levantó acta de esta ceremonia, y al propio tiempo la servidumbre portuguesa reemplazó á la servidumbre prusiana de S. M.

Desde entonces la joven reina empezó á regirse por el ceremonial portugués.

Todos los portugueses que asistían al acto fueron á besarle la mano, y la tripulación del *Mindello* dejó oír en la rada sus vítores y aclamaciones.

S. M. el rey de los Países Bajos, que no tiene ministro que le represente en Lisboa, envió

AMC

su representante en Bruselas, el baron de Gericke, á fe-licitar á la reina á bordo del *Mindello* considerado como territorio portugués.

Terminada esta ceremonia tuvo lugar un banquete de etiqueta al que asistían la reina, S. A. R. la gran duquesa de Baden, S. A. R. el duque de Brabante, SS. AA. RR. los príncipes de Hohenzollern, padres de la reina, y su hermano el príncipe heredero de Hohenzollern.

Servían á la reina en la mesa el duque de Terceira, el marqués de Ficalho y el marqués de Souza Holstein.

Luego despues se dió otra comida, presidiendo la mesa los duques de Terceira; asistían á ella el conde de Marnix, gran mariscal de la corte de Bélgica, el conde de Hanins de Moerkerk, caballero mayor, el baron de Gericke, ministro de los Países Bajos, M. de Stilfried, gran maestro de ceremonias del rey de Prusia, la servidumbre de la gran duquesa de Baden, las autoridades civiles y militares de Ostende, los comandantes de los dos buques de guerra ingleses *Vivid* y *Banshee* que habían ido á Ostende para acompañar á la jóven reina á Inglaterra, los individuos de la servidumbre del príncipe de Hohenzollern y los ministros representantes de Portugal, Bélgica, Prusia y Francia, y muchas otras notabilidades.

Tres brindis se pronunciaron, á saber: uno por el conde Marnix á la reina de Portugal, otro por el mariscal duque de Terceira al rey de los belgas y á los soberanos amigos y aliados, y otro por el baron de Gericke al rey de Portugal.

Por la noche el *Mindello* fué iluminado profusamente, y á bordo de los citados buques ingleses se dispararon fuegos artificiales.

Al anochecer la gran duquesa de Baden, el duque de Brabante y los príncipes de Hohenzollern se despidieron de la jóven reina, y el *Mindello* partió á las cuatro de la mañana en direccion á Inglaterra.

Despues de haber permanecido algunos dias en la Gran Bretaña donde ha sido muy obsequiada, la nueva reina de Portugal se embarcó el 12 en Plimout para Lisboa.

En esta ciudad deben celebrarse las fiestas y ceremonias del regio enlace, cuyo relato y representacion por medio del dibujo daremos oportunamente á nuestros lectores. Por hoy nos limitamos á publicar los retratos de los augustos esposos.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

COLECCION DE LEYENDAS RELIGIOSAS.

EVA.

Del sumo Dios al poderoso acento
Se alzo la creacion del hondo caos;
Y Él dió vida á los hombres, les dió aliento,
Y les dijo, «Creced, multiplicaos.»

I.

A la voz de Jehová, del negro caos
Inculca y virgen se formó la tierra,
Y la brillante inmensidad del cielo
Cubrió el espacio de la azul esfera.
Del Hacedor el sacrosanto Espíritu
Sobre las aguas conducido era,
Por trasmitirle la virtud fecunda
De su santa creadora Omnipotencia.
Y dijo Dios: «Por mi palabra sola
Y mi solo poder, que la luz sea;»
Y obedeciendo á su mandato augusto
La ardiente claridad, la luz fué hecha.
Al mirarla brillar en el espacio,
Vió que era hermosa y trasparente y bella,
Y su esplendor purísimo y radiante
Separó de las pálidas tinieblas.
Y á la luz llamó día, y á la sombra
Noche llamó de oscuridad cubierta;
Y de la tarde y la mañana, un día
Formó á la par su voluntad suprema.
Tambien dijo el Señor: «Todas las aguas
Que bajo el ancho firmamento ondean,
Unidas entre sí, mares se llamen
Que guarden peces y coral y perlas:»
Y al punto el verde mar rugiendo inquieto
Vino á lamer de Dios la planta excelsa.
Y Él dijo aun: «La tierra que he creado
Produzca frutos y arboles y yerbas,
Y que todos en sí, por mis designios,
El germen mismo de su ser contengan.»
Y un instante despues, de hermosas flores
La infinita extension se halló cubierta;
Limpios arroyos de cristal y plata
Formaron cauce en la dorada arena;
Cien alfombras brillantes de esmeraldas,
Salpicando al pasar de blancas perlas.
Bosques inmensos de eternal verdura,
Virgenes valles y frondosas selvas
Estremeció en la noche solitaria
El aura inquieta murmurando apenas.
Y aun hizo mas; en el extenso cielo

Colocó dos magnificas lumbreras;
La casta luna con su luz suave
Fué de la noche misteriosa reina:
Iluminó del sol la ardiente pira
Porque al brillante dia presidiera.
Ligeras aves de vistosas plumas
Cruzando entonces la anchurosa esfera,
Cantando, saludaban á las flores
De una dulce y eterna primavera.
La infinita creacion mostrando ufana
Su primitiva y celestial pureza,
Himnos alzó de adoracion y gloria
Al supremo Hacedor de cielo y tierra.
Y su obra miró Dios, y satisfecho
Del universo que animó su diestra,
Quiso darle un señor, destello suyo,
Imágen pura de su imágen bella:
Y formó al hombre, y con su aliento solo
Le otorgó su divina inteligencia;
Y al mirarle ante sí, presió á su alma
El destello inmortal de su grandeza.
Para endulzar sus horas en el mundo
Quiso darle una hermosa compañera,
Y al envolver su espíritu entre el sueño,
Ser de su propio ser, de su existencia
Bella mitad, y de su vida encanto,
Formó el Señor á la mujer primera.
Una mujer en cuyos claros ojos
Brilló la blanca luz de la pureza,
Y en cuya frente cándida y tranquila
El ángel anidó de la-inocencia;
Una mujer inmaculada, hermana
Del serafin que en la mansion eterna
Canta de Dios la incomprendible gloria
En el arpa inmortal del rey profeta.
Una mujer, de las pintadas flores
Melancólica y dulce compañera,
Que en colores, perfumes y hermosura
Fresca y galana compitió con ellas:
Una mujer á quien prestó la aurora
Las bellas tintas que en el cielo ostenta,
Y la esperanza le otorgó su encanto,
Y la alegría su sonrisa tierna,
Y colocó en su seno de jazmines
El celestial amor, su llama intensa.
Sin pecado en su origen, casta y pura,
La mano del Señor la dió existencia,
Y adornó su semblante peregrino
Del sencillo candor de la modestia:
El aliento de Dios formó su alma
Y su divina voz la llamó *Eva*.
Al recibir el soplo de la vida
Oyó una voz dulcísima y serena
Que «no temas,» la dijo; hacía adelante
Dirige el paso, seductora bella,
Que el esposo ya aguarda entre la sombra
La esposa virgen, candorosa y tierna.
Yo que soy el Señor, dueños os llamo
De esta mansion tranquila y hechicera,
Pero jamás alzéis vuestras miradas
Al árbol de la vida y de la ciencia,
Pues en sus hojas de mentido encanto
La eterna perdición, la muerte encierra.

II.

Bella es la creacion; la blanca aurora
Disipa apenas de la noche el velo,
Cuando ya el rojo sol los campos dora
Brillando ufano en la mitad del cielo;
Las gayas flores con su luz colora,
Con su ardiente calor fecunda el suelo,
Y cuanto grande el universo tiene
Bendice á Dios porque de Dios proviene.

Hay sin embargo en el jardin fecundo
Quien envidioso se revuelve en ira,
Y al hombre ennoblecido, rey del mundo,
Con torpe enojo receloso mira;
Y al arrastrarse por el lodo inmundo
Do en su miseria y abyeccion suspira,
De quebrantar alienta la esperanza
De Dios y de los hombres la alianza.
Ángel caido, su soberbia vana
Se alzó contra su Dios en su locura;
Sin ayer, sin presente y sin mañana,
Mares derrama de ponzoña impura:
Olvidando su estirpe soberana
Sembrar el crimen y el error procura;
Y con la forma de la sierpe artera
Se arrastra al pié de la mujer primera.
Allí de Eva manchó la casta frente,
Y manchó su purísima existencia,
Y con el soplo del orgullo ardiente
Secó la casta flor de su inocencia.
De soberbia fatal llenó su mente,

Y ofuscó su divina inteligencia,
Y del árbol fatal al fruto insano
Alzó sus ojos y guió su mano.
¿A dónde vas, alucinada Eva?
Huye veloz del árbol de la vida,
Que al mal tu ciega presuncion te lleva
Y arrastrarás al mundo en tu caída.
¡Ay de tus hijos, si tu labio prueba
Un momento la fruta apetecida!
¡Ay!... que al pié de ese tronco brotan mares
De llanto y de miseria y de pesares.
¡Ay! ¡Ay!... Si un solo paso te adelantas
En esa senda do tu pié camina,
Y los preceptos del Señor quebrantas,
Y así te olvidas de su ley divina!!!
¡Oh, torna atrás tus vacilantes plantas,
No así te lances en tu eterna ruina!...
Mas ¡ay de mí! que en su locura insana
Pecó la madre de la raza humana!
¡Pecó, pecó!... y al inocente esposo
Arrastró en su caída hasta el delito,
Y al mirar su pecado vergonzoso
Lanzó el infierno de alegría un grito:
Que ya el árbol del bien, ayer hermoso,
Tronchó sus ramas y cayó marchito...
Ya culpable es el hombre... En tu desvelo,
Ángel de la pureza, sube al cielo.

Mas allí está el Señor; su voz sagrada
Del desgraciado Adán pronuncia el nombre,
El cual siente su alma avergonzada
Viendo su triste desnudez de hombre:
Y con la noble frente mancillada,
Aunque su inmensa culpa no le asombre,
«Señor, dice, tus pasos he sentido,
Mas estaba desnudo y he temido.»

Y dijo el Señor Dios: «¿Quién ha rasgado
El velo celestial de tu inocencia,
Sino el haber ingrato profanado
El árbol de la vida y de la ciencia?»
Y respondióle Adán: «La que me has dado
Compañera feliz de mi existencia,
A tu inmensa-bondad haciendo agravio
El vedado manjar llevó á mi labio.»

Entonces Eva trémula y culpada,
Viendo fijarse en su abatida frente
Soberana y severa la mirada
Del ofendido Dios Omnipotente,
Murmuró confundida y humillada!
«Señor, fui seducida... la serpiente
Mi orgullo despertó, y en mi malicia
Olvidé tu mandato y tu justicia.»

Y viendo el Hacedor así manchado,
A pesar de su amor y su ternura,
El ser en la creacion privilegiado,
La obra mas bella, su mejor hechura;
Con acento solemne, santo, airado,
Allí maldijo á la serpiente impura:
Condénola á arrastrarse por la tierra,
Y entre ella y la mujer alzó la guerra.

Y Eva, la triste flor de la mañana,
Que perdió su belleza seductora,
La que cediendo á la flaqueza humana
La culpa cometió que el mundo llora;
La casta esposa, púdica y galana,
La inmaculada ayer y hoy pecadora,
De la infinita augusta Omnipotencia
Oyó temblando la eternal sentencia.

Que dijo Dios: «Los hijos de tu alma,
Hijos serán tambien de tus dolores;
Las tristes noches pasarás sin calma,
Tus dias entre afanes y dolores;
Y cuando logres la anhelada palma
Viendo al hijo infeliz de tus amores,
En llanto ardiente, del dolor primicia,
Irás empapada tu primer caricia.

Y tú, culpable Adán, tú á cuya mente
Sublime inteligencia dió mi acento;
Con el sudor de tu cansada frente
Amasarás el pan de tu alimento;
Y un dia y otro con desvelo ardiente
Pasarás entre afanes y tormento,
Y donde siembres flores peregrinas
La tierra te dará secas espinas.

Marcha y cruza ese mar alborotado
Triste y revuelto, que se llama vida,
Con tu oprobio en la frente, y abrumado
Al recuerdo fatal de tu caída:
Cruza ese mundo para tí creado,
Con la planta en el lodo confundida,
Pues eres polvo, y tu materia humana
En polvo al fin se tornará mañana.

Y del eterno Eden, del Paraiso,
Jardin inmenso de inmarchita gala,
Do derramar el bien mi mano quiso,
Y al que en divino encanto nada iguala,

Hoy te arroja mi voz... Parte sumiso,
Y si un suspiro tu dolor exhala,
No, no vuelvas atrás tu planta incierta,
Que un querubín te cerrará la puerta.»
; Ya el hombre delinquiró! La luz divina
Que reflejaba en su eternal mirada
Se extinguió cual del agua cristalina
Una gota en la arena calcinada :
Y como nube errante y peregrina
Por los furiosos vientos impulsada,
El cruzará una vida transitoria,
Llorando siempre una perdida gloria.

Siempre el recuerdo de su bien pasado
Hermoso y puro brillará en su mente,
Tomando así mas triste y angustiado
Su incierto porvenir y su presente :
El sello de su culpa y su pecado
Escrito llevará sobre su frente,
Y día y noche turbarán su calma
Los recuerdos divinos de su alma.

La ultrajada virtud grave y austera
Levantará la voz de su conciencia ;
Voz que gritando sin cesar severa
Amargará su misera existencia.
En vano el alma buscará do quiera
Su primitiva y cándida inocencia ;
Sí, porque fué en las aras del pecado
Todo un mundo de amor sacrificado.

Desde entonces el hombre vaga errante,
Y por la faz de la anchurosa tierra
Se arrastra con su espíritu anhelante
Y sus locas pasiones siempre en guerra.
Alma bendita que nació gigante
Y que en estrecha cárcel hoy se encierra...
Ser inmortal nacido para el cielo,
Vive para morir en este suelo.

Dios mismo con sus manos inmortales
Le dió una parte de su ser bendita,
Y él, misero mortal entre mortales,
En deleznable condición se agita :
Llora su esclavitud, llora sus males,
Y en su perdida libertad medita ;
Mitad ángel caído, mitad hombre,
Sufrir y bendice de su Dios el nombre.

Tuvo el apoteosis de su gloria
Allá en el paraíso solitario ;
Después él mismo se arrojó en la escoria
A impulsos de su crimen temerario.
De su divina redención la historia
Tuvo fin en la cumbre del Calvario,
Que el Dios que le dió vida, ser y calma,
Quiso también reconquistar su alma.

Mas ; ay, Eva infeliz! tú sola fuiste
Quien en la senda de la culpa impura
El primer paso alucinada diste,
Robando al mundo su mayor ventura.
Derrama en tu dolor tu llanto triste,
Y así tu crimen redimir procura ;
Y también ; ay! con lágrimas dolientes
Vuestra muerte llorad, futuras gentes.
Arcángel del pesar, dame tu canto
Para decir del mundo los errores ;
Dame tu inspiración, tu fuego santo
Y el triste suspirar de tus dolores.
Deja que bañe con mi amargo llanto
De la esperanza celestial las flores ;
Y tú, de mi pesar parte y testigo,
Inmensa creación, llora conmigo.

III.

La triste madre del linaje humano
Probando las miserias de la vida,
Y viendo de su frente
La aureola purísima perdida,
Arrastra su existencia
Por el mundo azaroso y miserable,
Teniendo siempre en lucha interminable
Su ser humano y su divina esencia.
Mas un día el Señor compadecido
De su lento dolor y su agonía,
De su triste existir de afanes lleno,
Por darle horas de paz y de alegría,
De la esposa gentil fecundó el seno,
Y entre horribles dolores,
Entre infinito padecer ardiente,
Dios con letras de luz y resplandorés
De madre el nombre colocó en su frente :
Y un extraño y dulcísimo embeleso
Llegó a inundar su alma
Con gozo inesperado,
Al imprimir, llorando, el primer beso
Sobre la faz del hijo idolatrado.
; Ay! la dulce mirada
Que el bello y tierno niño posó en ella,
Suave y peregrina,

A la madre culpada
Llevó el perdón de la bondad divina.
Por ella la mujer rehabilitada
Ya fué ante las edades venideras ;
A dignidad mas alta destinada
Fué por el Hijo y el Eterno Padre,
Pues la fué confiada
La mas alta misión, la de ser madre.
Eva mirando ufana el bello hijo
De sus tiernos amores,
Gozando de tan puras alegrías,
Dió treguas al pesar que la causara
El que la mano del Señor potente
Contado hubiera sus escasos días.
Y llena de esperanza dijo entonces :
«Por el favor de Dios he conseguido
Hijo llamar á un hombre.»
Y por recuerdo eterno
De ese bien adquirido,
Cain al hijo aquel puso por nombre (1).
Y otra luna brilló, y Eva de nuevo
Dióle vida á otro ser cuya sonrisa
Tierna y sencilla refrescó su alma,
Como á las flores la perdida brisa :
Y ella le llamó Abel, y con anhelo
Vió crecer á sus hijos, dando gracias
Por tan dulce placer al justo cielo ;
Mas el genio del mal una mirada
Dirigió al ancho mundo
De amenazas henchida,
Y crimen rebosando, engendró el crimen
De Cain en el alma fratricida ;
Y Cain envidioso
Del justo Abel á la piedad bendita
Alma y oídos cierra,
Y del hermano derramó la sangre ;
Sangre primera que manchó la tierra.
Eva infeliz, de lágrimas bañada
Corrió hácia el hijo de su amante seno ;
Hallólo frío, inerte,
Y miró con el alma desgarrada
Del ser humano la terrible nada
Ante el helado aspecto de la muerte.
Tocó la sien del inocente hijo,
Y en roja sangre la encontró manchada ;
Una y mil veces murmuró su nombre
Entre anhelo infinito,
Y los labios de Abel no respondieron
A aquel materno y penetrante grito.
Buscó entonces inquieta
La otra mitad querida de su alma,
Y vióle huir errante
Sin bienhechor hogar, ni paz, ni calma,
Sombrio y delincuente,
Llevando donde quiera
La maldición de Dios sobre su frente.
; Pobre madre! ¿tu afán y tu ventura
Dó fueron ; ay! dó fueron ?
¿Dónde está de tus hijos la ternura ?
¿Dónde están tus placeres ?
; Ay! que por siempre huyeron,
Y, madre desgraciada,
De eterno luto tu existir cubrieron.
Mira tu porvenir y tu presente :
Ayer fuiste feliz y bendecida ;
Ángel fuiste de luz resplandeciente,
Y cual destello hermoso
De tu gloria perdida,
En un día de triste desvarío
Probaste las delicias celestiales,
Cuando decir pudistes ; hijo mio !
Hoy culpable, la flor de tu pureza
Deshojada, marchita y sin colores,
De tu humana infeliz naturaleza
Apuras la amargura y los dolores.
Hé aquí la herencia que á tus hijos diste,
Venturas ilusorias,
Dulcísimas memorias,
Recuerdos de la gloria que perdiste ;
Y pesares y lágrimas y olvido,
Castigo de tu crimen cometido.

IV.

Era una noche nebulosa y fría,
Silbaba el aire y retumbaba el trueno,
Y veloz el relámpago azulado
Iluminaba el ancho firmamento.
Calientes gotas de pesada lluvia
Bebía ansioso el abrasado suelo,
Y aves y fieras á la par lanzaban
Espantadas sus gritos lastimeros.
En una humilde tienda levantada
Bajo el oscuro pabellón del cielo,

(1) Cain significa Adquisición.

Al lado occidental del paraíso,
En un inculto y áspero terreno,
Una mujer anciana, cuyas formas
Cubren las locas de viudez y duelo,
Turbio el mirar y pálido el semblante,
Tendida yace en el humilde lecho.
Su frente en otro tiempo tan hermosa,
Cercada de suavísimos cabellos,
Hoy pálida y marchita y sin encanto
De la triste vejez ostenta el sello.
Sus fatigados ojos abatidos
Alza doliente con su afán al cielo,
Con su expresión humilde y lastimera
El perdón implorando del Eterno.
La muerte toca sus heladas sienes
Con su terrible é inexorable dedo,
Y la brillante antorcha de la vida
Se apaga al soplo de su frío aliento.
Es Eva, que cumpliendo la sentencia
Que le impuso de Dios el sacro acento,
Cediendo al fin á la flaqueza humana
Hoy se adormece en el eterno sueño.
Seth, el mayor de los amados hijos,
A quien después de Abel llevó en el seno ;
Seth, que ante Dios fué justo, y el que obtuvo
Ser padre fiel del escogido pueblo ;
Que contó entre los hijos de sus hijos
Al divino Mesías verdadero,
Ya la materna bendición demanda,
Amargo llanto sin cesar vertiendo :
Sus hermanos le imitan silenciosos,
Y sus hermanas en su triste anhelo
Se afanan por llegar mas y mas cerca
De la madre que expira, junto al lecho.
Eva entreabrió los fatigados ojos,
Y de sus hijos contemplando el duelo,
Un gemido de amor y de ternura
Dejó escapar de su oprimido pecho.
«Uno falta, exclamó ; Cain que lleva
En pos de sí la maldición del cielo
Ni aun podrá de su madre moribunda
Recoger el suspiro postrimero.
Hijos de mi dolor y mi pecado,
Voy á expirar y para siempre os dejo ;
Y en este valle de amargura, solo
Una herencia de lágrimas os lego ;
Mas si fué inmensa la flaqueza mía,
Si han de ser muchos vuestros graves yerros,
Por grandes que estos sean, hijos míos,
Aun es mas grande la piedad del cielo.
Yo que libre nací, tristes esclavos
De la culpa fatal os dejo hechos ;
Pero al volver al centro de la tierra
De que sacada fuí, lleve á lo menos
Vuestro perdón, que endulzará mi muerte
Y alegrará mis últimos momentos.
Abel el justo, el hijo bendecido,
A las puertas me espera de los cielos,
Donde voy á arribar, purificada
Por mi ardiente y sin par remordimiento.»
Un torrente de lágrimas amargas
Respondió de la madre á los acentos,
Que la muerte extinguiera para siempre
A Eva cubriendo con su oscuro velo,
Tornando en polvo lo que fuera polvo,
Mientras el alma la acogió el Eterno.

La que nació inmortal y fué creada
De Dios en el augusto pensamiento,
En solo un día de culpable olvido
Manchó sus galas y cayó en el cieno.
; Por un instante de fatal locura
Cuántos mundos de afán, cuántos tormentos!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

INAUGURACION

de la estatua de Napoleon III en Burdeos.

La ciudad de Burdeos acaba de erigir una estatua ecuestre al emperador Napoleon III, en el centro de la esplanada de Tourny. Era muy natural que la primera estatua de S. M. se elevara en la población donde el 9 de octubre de 1852 el príncipe Luis Napoleon pronunció el memorable discurso que contiene el programa del nuevo imperio.

La inauguración de este monumento fué para Burdeos una gran fiesta pública : la administración municipal quiso dar el mayor brillo á esta ceremonia, favorecida por un tiempo soberbio. Se eligió para la consagración el 20 de abril, día aniversario del nacimiento del príncipe á quien se ha elevado ese testimonio de gratitud y de adhesión.

Con tan fausto motivo la esplanada de Tourny recibió una decoración particular : palos venecianos con banderolas flotantes y la cifra imperial adornaban el hermoso paseo, y en los cuatro ángulos de la estatua se



Inauguración de la estatua del emperador Napoleón III en el centro de la esplanada de Tourny, en Burdeos.

veían trofeos de banderas tricolores con la doble divisa del emperador y la emperatriz.

Las autoridades y los funcionarios de toda clase, así como todos los alcaldes del departamento, habían sido convidados á la ceremonia que había atraído una inmensa muchedumbre tanto de la ciudad como de los pueblos próximos.

Dada la señal, cayó el velo que cubría la estatua, y un grito inmenso de *Viva el emperador!* se oyó por todas partes. Se hicieron salvas de artillería, y los coros de la sociedad de Santa Cecilia de Burdeos entonaron el *Salut imperial* de M. Elwart, que pasó á Burdeos á fin de dirigir su ejecución.

Los discursos que pronunciaron el alcalde y el prefecto fueron acogidos con aclamaciones unánimes. Después de la ceremonia se pasó en la plaza de los Quinconces una revista á las tropas de la guarnición, las cuales desfilaron ante la estatua inaugurada; se distribuyeron raciones de carne y vino á las tropas, se alzaron cucañas para diversión del pueblo y se dieron limosnas á los pobres. La municipalidad ofreció un banquete de cien cubiertos á las principales autoridades de la ciudad y del departamento en los salones del Hotel de Villa. Por la noche hubo funciones gratis en los teatros; se iluminaron los edificios pú-

blicos y muchas casas particulares; la esplanada de Tourny presentaba con su alumbrado especial un aspecto deslumbrador; por último, las fiestas de ese día que

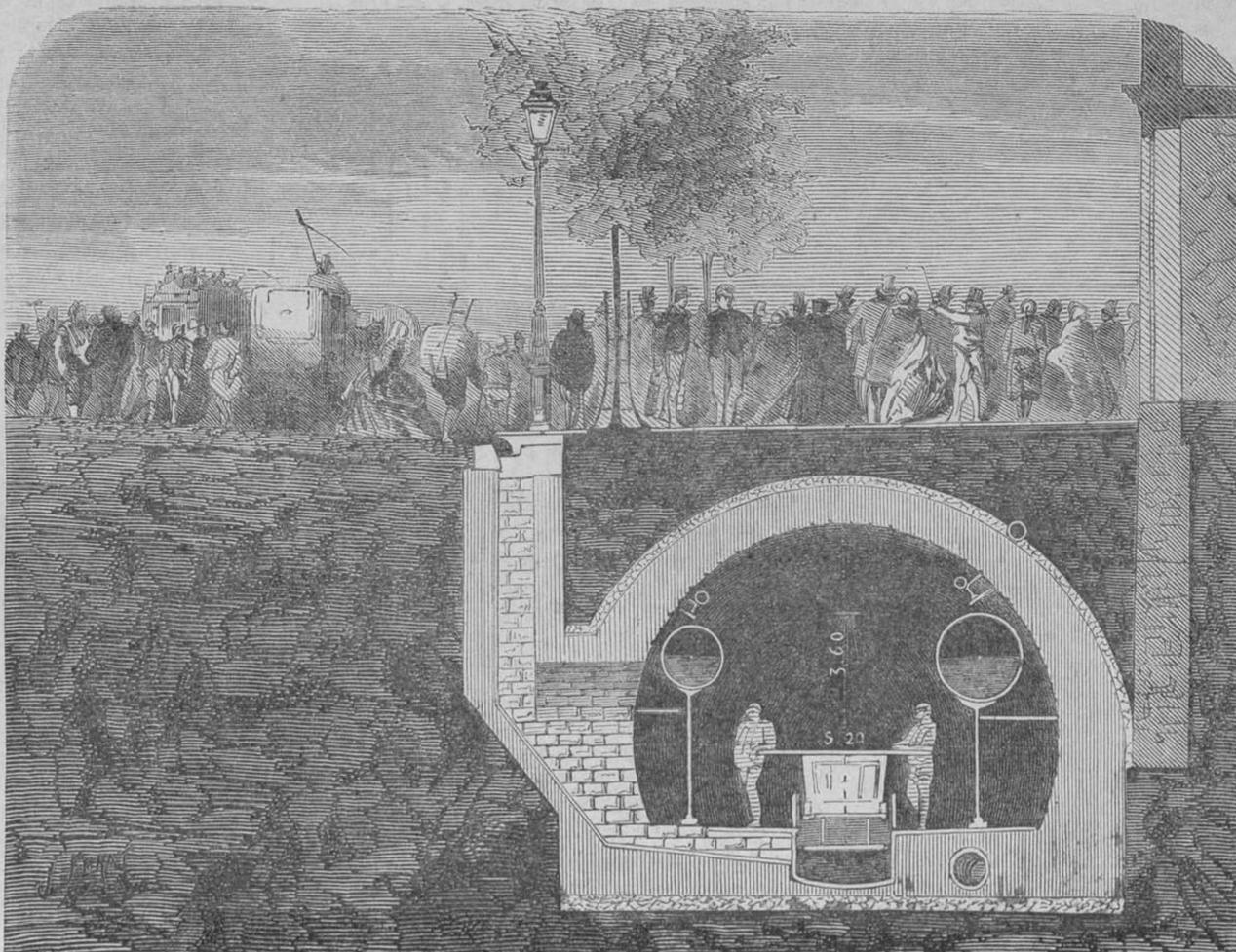
hará época en los anales de Burdeos se concluyeron con un castillo de pólvora donde se vieron reproducidos varios emblemas imperiales. La estatua inaugurada es obra de M. J. de Bay; figuró en la Exposición universal de 1855, y se había quedado en los Campos Elíseos delante del palacio de la Industria hasta el momento en que hizo su adquisición la ciudad de Burdeos. Descansa en un pedestal de granito de Bretaña en el que se leen dos inscripciones en francés que dicen lo siguiente: Por un lado:

A NAPOLEON III
LA CIUDAD DE BURDEOS
AGRADECIDA Y ADICTA;
Por el otro:

¡EL IMPERIO ES LA PAZ!
(Discurso de Burdeos, 9 de octubre de 1852)

En las otras dos caras está la fecha:

20 DE ABRIL DE 1858.



Obras subterráneas del boulevard de Sebastopol. Sección de la maquinaria-guerra de la plaza del Chatelet al boulevard Saint Denis.

OBRAS SUBTERRANEAS

EN EL BOULEVARD DE SEBASTOPOL.

El boulevard de Sebastopol sigue un trazado rectilíneo de 30 metros de anchura que desemboca en una plazoleta de 67 metros delante del embarcadero del ferrocarril del Este. La calzada central tiene 14 metros de anchura,

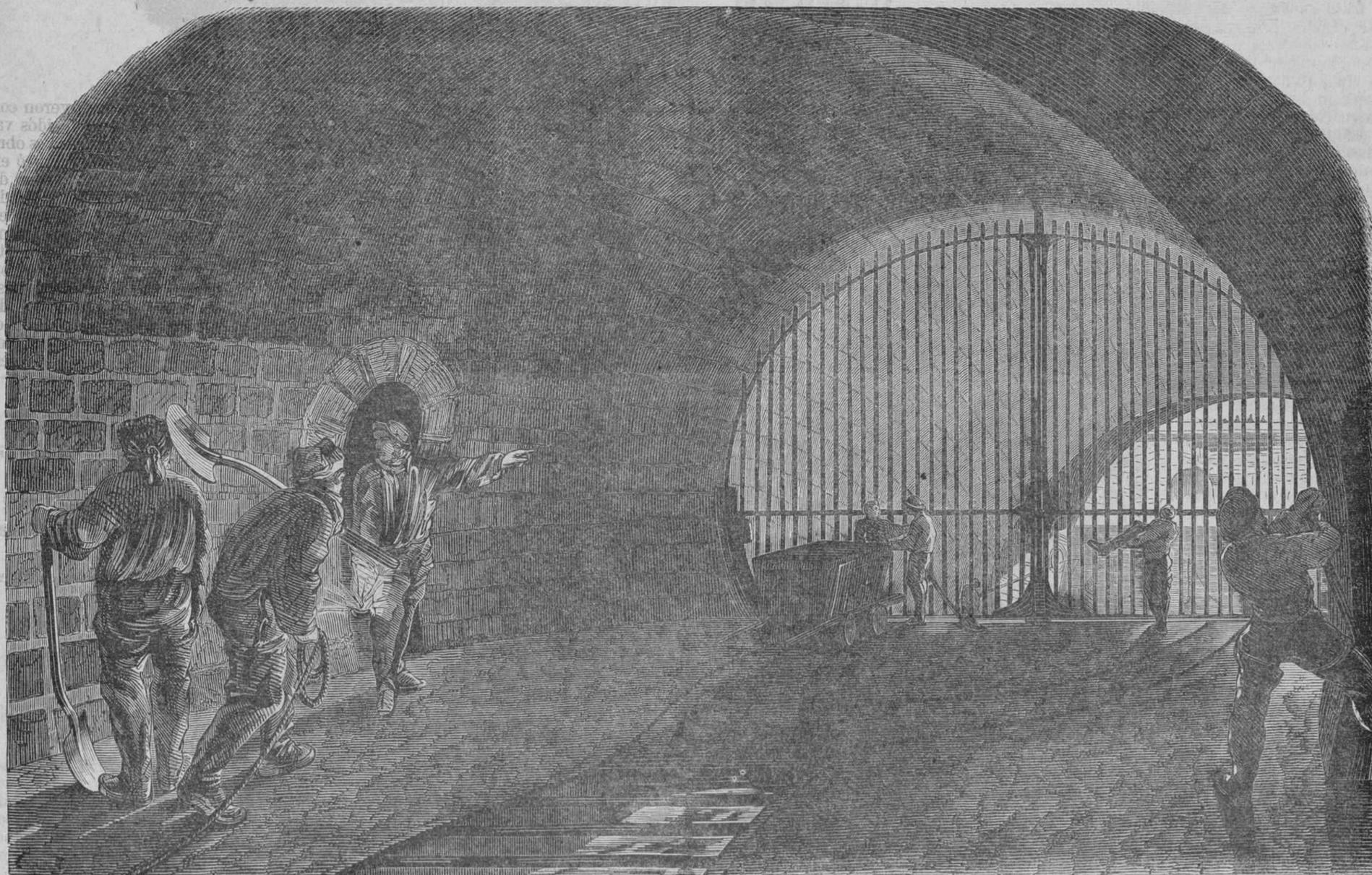


Obras subterráneas del boulevard de Sebastopol. Wagon para la limpieza de la alcantarilla y para el transporte de las inmundicias.

y las aceras, adornadas con árboles, tienen 8 metros. Hay en todo él (parte derecha del Sena) 150 candelabros de luces de gas, y se pondrán bancos de madera y de hierro para comodidad de los paseantes. Se ha nivelado el nuevo boulevard de un modo satisfactorio

para la perspectiva; matemáticamente está combinado de tal modo que una persona colocada en un punto cualquiera de él, que mire al Norte ó al Sur, puede descubrir la totalidad de las calzadas y de las aceras sin que la armonía del punto de vista se halle interrumpida.

Estas disposiciones realzan sobre manera el aspecto monumental del boulevard. Para que el efecto sea mejor durante la noche se ha calculado con la mayor precisión la altura de cada uno de los faroles, y así se han obtenido largas líneas de luz, en vez de esas sinuosidades



Punto en que la alcantarilla sale al Sena.

que se notan en el alumbrado de las calles antiguas.

En cuanto a las obras subterráneas de este boulevard puede decirse que ninguna vía pública tuvo jamás tan buenos medios de limpieza y de canalización. Por el lado derecho entre el Sena y la calle del Château-d'Eau, se ha construido una alcantarilla-galería de dimensiones desconocidas hasta hoy. Es una bóveda que cubre dos banquetas de 1^m 80 de ancho, entre las cuales existe una zanja de 1^m 20 de ancho y de una profundidad que varía de 0^m 40 á 0^m 80. Del boulevard Saint-Denis á la calle del Château-d'Eau el diámetro de la bóveda es de 3^m 60; la zanja, que conserva la misma anchura, tiene á un lado una ancha banqueta de 1^m 70, y al otro una mas pequeña de 0^m 50.

La alcantarilla-galería donde se penetra por una ancha escalera está destinada á desempeñar un gran papel en la salubridad de París. Reune la alcantarilla Rivoli al antiguo sumidero que sigue la dirección de las calles del Château-d'Eau, de Petites Ecuries, Richer, Provence, etc., y recibirá en los días de tormenta el exceso de las aguas que este último no puede contener por la insuficiencia de sus dimensiones. Tambien en contribuirá á impedir la inundación de los barrios bajos de la capital durante las lluvias fuertes. Entre el Sena y la calle de Rivoli forma un vasto vertedero que arroja al río el exceso de los sumideros-colectores de la orilla izquierda. Como alcantarilla especial del boulevard de Sebastopol, recibe todas las aguas de la calzada y de las habitaciones del lado derecho; comunica con cada una de estas por ramales de 2 metros de altura provistos de chimeneas que desembocan sobre los tejados de las casas y aseguran la perfecta ventilación de la galería donde los obreros encargados de la limpieza subterránea de París circularán á piés enjutos sobre el cemento romano de las banquetas, sin temor de los gases moféticos.

Nada mas sencillo ni mas fácil que este sistema de limpieza. A la orilla de la zanja hay unos carriles de hierro por los cuales van los wagones, ya para trasportar materiales, ya para recoger las inmundicias y llevarlas al Sena. Para este último servicio se pone por detrás en los wagones una compuerta perfilada segun la forma de la zanja, y que produce sobre esta una retención de agua. De aquí resulta una fuerza propulsiva que empuja adelante el wagon, la compuerta y las inmundicias reunidas en la alcantarilla; en una palabra, se convierten las aguas sucias en un instrumento para la limpieza de la galería.

Tales son las disposiciones de la obra subterránea principal del boulevard de Sebastopol. El saneamiento de esa vía pública se completa con unos sumideros que se extienden bajo todas las aceras á lo largo de las casas por todas partes donde no existe la alcantarilla-galería, y que reciben como esta las aguas de la calzada y las de las habitaciones. Son de forma ovoidea, y su construcción es de fábrica; el que se extiende por el lado izquierdo del boulevard entre la calle de Rivoli y la de Sainte-Apoline tiene 1^m 50 de ancho y 0^m 30 de alto.

La ejecución de estas obras de arte presentó muchas dificultades. Era preciso, en efecto, fundar la alcantarilla-galería en medio de la sábana de agua subterránea, y debian concluirse las obras con rapidez para entregar la vía pública á la circulación, y no retardar la construcción de las casas. En estas circunstancias se apeló al vapor como á un auxiliar poderoso. Dos máquinas locomovibles de cuatro caballos de fuerza cada una, sirvieron para poner en movimiento los aparatos. A fin de activar la construcción de la bóveda hubo que recurrir á procedimientos nuevos; en vez de los arcos ordinarios se imaginó una arcada de una sola pieza, movable sobre carriles. Para construir la bóveda levantaron la arcada por medio de tornillos haciéndola descansar en unas cuñas. Concluida la bóveda sacaron las cuñas mediante los mismos tornillos, la arcada bajó lentamente sobre los carriles, y fué llevada adelante y sin esfuerzos. Con este sistema el descimbramiento no ofrece ya peligro alguno, y se hace tan rápidamente que se puede construir la bóveda todos los días, en tanto que con los antiguos procedimientos solo se podia trabajar cada dos días.

Tambien se ha empleado en la ejecución de las obras que nos ocupan una máquina nueva y muy ingeniosa para la fabricación del cemento romano. La argamasa de cemento se prepara ordinariamente en artesas donde los trabajadores mezclan las materias con paletas; en las obras de consideración este sistema exige muchas herramientas y un personal crecido. La nueva máquina reemplaza el trabajo de cuarenta obreros; hace la argamasa con mucha economía y rapidez, y da con una precisión matemática las dosis del agua y de las materias que se someten á la trituración. Es una especie de molinillo provisto de una tolva, de la cual los materiales introducidos ruedan á un arteson longitudinal. En este arteson un hélice dotado de un movimiento de rotación mas ó menos rápido hace la mezcla y los conduce á la extremidad del arteson, donde el cemento preparado ya cae en unos cubos puestos en una placa móvediza, y que se toman de allí á medida que se llenan.

El boulevard de Sebastopol que atraviesa París en una dirección casi rectilínea y divide la capital en dos partes casi iguales, se presta maravillosamente á los diferentes modos de distribución de las aguas. Por eso se han hecho obras tan importantes. Ya en 1853 cuando la construcción del boulevard de Estrasburgo se introdujeron grandes mejoras en la distribución de las aguas del Ourcq que constituyen la fuente principal de alimentación. La nueva perforación encontraba efectivamente la galería Saint-Laurent, que contenia los principales conductos que alimentan los depósitos de la

orilla izquierda del Sena; pero el nivel adoptado exigia la demolición de la bóveda de esa obra de arte. Por consiguiente hubo que reemplazar la antigua bóveda con otra bóveda delgada de cemento y de ladrillos, y hubo que bajar tambien el nivel de los conductos. Se aprovechó la ocasión para sustituir en tres de ellos un conducto único de 1 metro de diámetro. Esta arteria, la principal de París, se extiende de Saint-Laurent al boulevard Saint-Denis, sobre 1,000 metros de largo; sigue la galería Saint-Laurent hasta la calle del Château-d'Eau, y la alcantarilla á partir de esa calle. Los tubos son de hierro batido, y se sostienen en columnillas de hierro colado á 0^m 90, sobre las banquetas.

Estas obras se continúan en la parte nueva del boulevard de Sebastopol. En una de las banquetas de la alcantarilla-galería colocan ahora un conducto de 0^m 80 de diámetro, formado de tubos de fundición de 3 metros de largo y de 0^m 02 de grueso, que distribuirá el agua del canal del Ourcq y la llevará á los depósitos de la orilla izquierda.

La otra banqueta recibirá un conducto de 1^m 10 de diámetro para el servicio de las aguas del Sena. Estas dos arterias principales descansarán en columnillas de fundición de 1^m 60 de altura á fin de que no estorben la circulación sobre las banquetas, ni la marcha de las aguas en las grandes lluvias, ni el acceso de las alcantarillas de las calles laterales.

Bajo el suelo del boulevard Saint-Denis se ha edificado un vasto compartimiento de 6^m 50 de ancho y de 4^m 20 de altura, donde estarán dispuestas las enormes llaves-compuertas que exige este sistema grandioso de canalización.

Añadimos que debajo de cada conducto principal corre un albañal de 0^m 10 de diámetro unido de distancia en distancia con la arteria principal, y sobre el cual se harán las presas para los servicios públicos y particulares, para evitar el deterioro de los conductos grandes, tan perjudicial á la alimentación de París.

Independientemente de estas obras, que son de primer orden para el servicio general de las aguas, la canalización del boulevard de Sebastopol se halla completada por un sistema de pequeños acueductos de 0^m 10 que se prolongará en toda la extensión de los sumideros. Cada uno de estos contendrá sobre consolas de fundición dos conductos igualmente de fundición destinados el uno á la distribución de las aguas del Ourcq, y el otro á la de las aguas del Sena y de los manantiales. Se ve, pues, que cada casa de la orilla está en comunicación directa con una alcantarilla, donde encuentra la salida de las aguas sucias y con el depósito de las aguas puras que podrán ser elegidas al gusto de los caseros. Si ahora añadimos que en cada acera habrá un conducto de gas, se comprenderá lo fácil de todos estos servicios en las casas.

La calzada queda libre; todas las obras para los servicios públicos y particulares pueden establecerse sin tocar á ella; así nunca se verán en el boulevard de Sebastopol esas zanjias abiertas que tan repetidas veces obstruyen la circulación en el antiguo París.

Las obras subterráneas del boulevard de Sebastopol presentan pues nuevas combinaciones en sus disposiciones. Su ejecución, confiada á M. Rouselle, ingeniero de puentes y calzadas, bajo la dirección de MM. Belgrand, ingeniero en jefe de las aguas y alcantarillas, Homberg, ingeniero en jefe de la vía pública, y Michal, inspector general, director del servicio municipal, ha dado lugar á que se prueben procedimientos y perfeccionamientos de una importancia positiva.

C. F.

Revista de Paris.

Un joven muy conocido en la sociedad parisiense por sus talentos musicales en el género cómico, y á quien designaremos con el nombre de Valeriano, que no es el suyo, se hallaba prendado de una joven viuda que habia llegado á inspirarle una pasión ardiente. Valeriano es un hombre de buena educación, finos modales y rico; pero por desgracia no es un Adonis, muy al contrario su figura, su aire, la expresión caricaturesca de su fisonomía contribuyen poderosamente á los triunfos que alcanza con sus escenas de canto y de recitado de estilo grotesco, para las que no tiene rival en las sociedades. En suma, es difícil mirarle á la cara sin reírse; haria la fortuna de un teatro.

No hay para qué añadir que se disputan su presencia en todos los salones. La viuda en cuestión le admira mas que nadie. Otro sentimiento que el de esa admiración artística queria despertar Valeriano en su corazón; pero ¡ay! en cuantas ocasiones se atrevió á dejar entrever su caro deseo, ella cortó la declaración con carcajadas. Agolpábase á su memoria el famoso repertorio del galán, y no la era posible contenerse.

— ¡Dios mio! ¡Qué caricatura es Valeriano! exclamaba cuantas veces tenia oportunidad de hablar del enamorado cantante.

Mujer bonita y acaudalada, no carecia de adoradores. Entre sus pretendientes se contaba un hombre de cuarenta y cinco años llamado Leopoldo X..., que se lisonjaba de estar á la cabeza de todos sus rivales.

Un día se entabló el coloquio siguiente entre la viuda y Valeriano:

— ¿Cuándo se casa Vd., amigo mio? preguntó la dama.
— ¡Ay! Señora, estoy perdidamente enamorado....
— ¡Oh! ¡qué manera de decir esas palabras!... No puede darse nada mas gracioso.

Y la viuda se reía estrepitosamente.

— No es Vd. compasiva.
— ¿Pues? ¡
— La digo á Vd. que estoy enamorado, lo que significa que sufro mil tormentos, ¡y se echa Vd. á reír!...
— Vamos, no se incomode Vd., amigo mio. Trataré de contenerme; ¿con que es una verdadera pasión?
— Sí, señora.
— ¿Y quién es la infortunada?
— ¿Qué dice Vd.?
— ¡Ay! disimule Vd.; queria preguntar el nombre de la mujer que le ha inspirado ese amor.
— Se llama Teresa.
— ¿Lo mismo que yo?
— Lo mismo.
— Otra pregunta; ¿es bonita?
— Como Vd.
— ¿Si será yo la mujer amada?
— Justamente, es Vd.

La viuda se retorcia convulsivamente á fuerza de reírse. El pobre Valeriano salió furioso; pensaba en el suicidio.

— ¿Cómo, se preguntaba, me haré yo interesante á los ojos de la viuda? Para ella soy un hombre que la divierte y nada mas; un hombre grotesco, ridículo.

Y se miraba al espejo, consideraba su atroz fealdad, y su desesperación no tenia límites.

Leopoldo cometia indiscreciones de suma trascendencia para la viuda. Aseguraba que le habia dado su retrato, una fotografía preciosa que figuraba en primer lugar entre los adornos de su sala, y que podia ver todo el mundo. Estos rumores injuriosos llegaron á los oídos de la viuda.

Una tarde Valeriano fué á visitarla y la encontró muy triste. Tenia los ojos encendidos, habia llorado, y esta vez no pensaba en reír; Valeriano fué recibido pues muy seriamente.

— Estoy encolerizada, le dijo Teresa; ¡ah! ¡qué infames son los hombres!

— ¿Qué le sucede á Vd., amiga mia?
— Dicen que he dado mi retrato á Leopoldo, y que voy á casarme con él.

— Con efecto, esa noticia corre.
— Pues es un calunnia; es verdad que hace poco tiempo mandé hacer mi retrato á un fotógrafo, pero fué para enviarle á mi tio, no para Leopoldo. ¡Ah! creo que amaria al que me vengara de la fatuidad de ese hombre.

— ¿Habla Vd. de veras?
— Seguramente; pero esto poco le puede importar á Vd.; no será Vd. mi vengador.

Con estas palabras el rostro de Valeriano tomó una expresión de angustia tan particular, que la viuda no pudo menos de soltar una carcajada estrepitosa.

— Dispense Vd., exclamó; pero he creído que iba Vd. á entonar una copla de esas canciones de dolor burlesco que Vd. dice tan bien.

Valeriano tenia el corazón herido. Se despidió, y á la otra mañana estaba en casa de Leopoldo á quien conocia.

Apenas habia entrado en la sala, cuando exclamó descubriendo la fotografía en cuestión:

— ¡Qué veo! ¡El retrato de Teresa!...
— Sí, señor; le halla Vd. parecido?
— ¡Oh! la prueba es hermosa; debe Vd. estimarla mucho.
— Ciertamente; es una prenda de simpatía que no cambia-ria por todos los tesoros del mundo.

— Lo creo. ¿Es regalo de Teresa?
— Mucha curiosidad es la de Vd., amigo mio. Conténtese Vd. con saber que la bonita viuda será mi esposa dentro de pocos días.

— Estamos en su casa de Vd.; pero no obstante le diré á Vd. que miente.

— ¡Caballero!
— No metamos ruido; ¿qué armas elige Vd.?
— La pistola.
— ¿Cuándo?
— Mañana á las ocho en el bosque de Vincennes.
— Está entendido.

El desafío tuvo lugar al otro día; entrambos adversarios salieron heridos, Leopoldo de gravedad, Valeriano ligeramente.

En cuanto este último se hubo aliviado, fué á informarse del estado de Leopoldo que tambien estaba en camino de mejoría. Como en el fondo era un hombre de honor, dió la satisfacción mas cumplida á su rival.

Le dijo que el fotógrafo que habia hecho el retrato de Teresa era amigo suyo, y le habia entregado aquella prueba que le quedó ella cuando fué á retratarse á su casa; que habia tenido la debilidad de convertirla en arma contra Teresa á quien amaba con delirio; pero que en fin, considerándose indigno de aspirar á su mano, cesaba en sus pretensiones, y abandonaba el campo humildemente.

— Lleve Vd. la fotografía á Teresa, añadió Leopoldo; enéntela Vd. mi ardid, y supliques Vd. que me perdone.

— Así obra un caballero, exclamó Valeriano, estrechando afectuoso la mano del vencido.

Desde aquel día fueron amigos íntimos los dos rivales.

La noticia del desafío entre Leopoldo y Valeriano circuló por París y llegó á oídos de Teresa. Cuando Valeriano la entregó respetuosamente la fotografía, se enterneció hasta el punto de derramar lágrimas.

— ¿Ya no se rie Vd. de mí? la preguntó Valeriano.
— No; es Vd. un hombre de corazón leal y animoso; pero voy á pedir á Vd. un favor: no cante Vd. mas en su vida.

— Se lo prometó á Vd.; pero...
— Punto en boca; es cosa resuelta.

Y la aventura dió fin con un matrimonio, como una comedia de las que acaban moralmente.

A menudo citamos ejemplos de personas embaucadas por los estafadores del día, que con pretexto de jugadas de Bolsa, empresas de beneficios colosales y especulaciones que prometen un Potosí á todo accionista, consiguen atraer á sus redes el dinero de los incautos. ¡Cosa particular! Cuanto mas grosero es el cebo, tanto mas abundante y lucrativa viene á se

la pesca. Los diarios publican continuamente las desastrosas peripecias de estas operaciones, que despues de haber figurado un instante con mucho ruido y ostentacion en la Bolsa, concluyen tristemente ante los tribunales de policia correccional; ¡cuántos administradores de sociedades industriales muy pomposas se han sentado ya en el banquillo de los prevenidos! Pero el espectáculo no abre los ojos al que tiene en el corazon el deseo de hacer rápidamente una fortuna. Si alguna excusa pudieran tener los que de ese modo culpable se proponen engañar al público, está sin duda en la torpe sencillez del accionista.

Hé aquí un ejemplo de este candor que pareceria increíble si no lo afirmara un hombre respetable bajo todos conceptos.

Este sugeto formaba parte de un comité de vigilancia, que cumplia con su obligacion, esto es, que vigilaba, cosa poco frecuente y casi en desuso antes de la nueva ley sobre las sociedades.

Tratábase de la fundacion de un periódico industrial. Los demás miembros del comité eran todos hombres de porvenir en la política y en la industria.

La sociedad debía constituirse por medio de acciones, y con este fin se lanzaron prospectos y anuncios pidiendo fondos. El negocio era magnífico como todos los negocios en proyecto; el plan bien concebido se habria podido realizar..... ¿Porqué no sucedió así? ¿quién sabe! No fué culpa de los administradores, hombres celosos y entendidos, que no querian dinero, sino beneficios ganados lealmente.

En suma, llegó un momento en que despues de haber recogido cierto número de suscripciones, el consejo opinó que ya no debía esperarse mas lo que faltaba. ¿Qué habia de hacer el comité? Rendir cuentas y dispersarse, y para esto se reunió «in extremis.» Todos los miembros fueron convocados, y resolvieron con toda solemnidad que se devolveria intacto á los suscritores el dinero que habia entrado en caja.

Ocupábase el comité en la redaccion de su testamento, cuando entró un mozo anunciando que habia llegado una persona que queria hablar al gerente.

Este dió orden de que mandasen á paseo al importuno; el consejo no queria que vinieran á turbarle en su agonía.

Pocos instantes despues volvió á entrar el mozo diciendo:

— El sugeto insiste; dice que tiene que hablar con precisión al gerente.

— ¿Ha declarado su nombre?

— No señor.

— Pero en fin, ¿qué quiere?

— Quiere tomar acciones de la empresa.

— ¡Un accionista! exclaman en coro los miembros del consejo.

— Que espere un instante, dice el gerente.

¡Un accionista! A este grito general el gozo se pintó en todas las caras. ¿Quién sabe si seria la salvacion de la sociedad, la fortuna de la empresa?

Pasado el primer momento de asombro, se deliberó sobre si era útil recibir al accionista inesperado; la resolucio fué afirmativa: el hombre merecia todos los honores debidos á su título.

El gerente salió del consejo y recibió al suscriptor en su despacho. Lo primero que hizo fué cerciorarse de que no era victima de una ironía del destino: mas no cabia duda, el sugeto en cuestion acompañaba su demanda de veinte y cinco acciones de la sociedad con veinte y cinco billetes de Banco.

— Señor mio, le dijo el gerente, damos á Vd. mil gracias por la confianza que manifiesta Vd. en nuestra empresa, pero nos cabe el sentimiento de anunciar á Vd. que no podemos aceptarles como accionista.

— ¿Y por qué razon?

— Por una muy sencilla, porque la sociedad está disuelta.

— A otro perro con ese hueso.

— ¿Lo duda Vd.?

— Seguramente, Vd. me engaña.

— Ojalá fuera así.

— Conozco la astucia, es muy propia de un buen administrador que sabe que el negocio es excelente y quiere reservar para sí y para sus amigos.

— Le juro á Vd....

— Trabajo inútil, no soy tan tonto como Vd. me supone.

— Ya que Vd. se empeña, le daré pruebas que le convencerán.

— Nada me convence; no tiene Vd. derecho para rehusar mi suscricion. ¿Con que Vds. llaman al público con anuncios y prospectos, y cuando llega le cierran la puerta?... No será así.

— Sin embargo...

— Quiero veinte y cinco acciones.

— No se las puedo dar á Vd.

— Aténgase Vd. á los resultados...

— Obre Vd. como guste.

— Corriente, le pondré á Vd. un pleito. ¿Le parece á Vd. que he venido yo de mi lugar á mas de cincuenta leguas para que me den con la puerta en los hocicos? No señor, estos parisienses se figuran que es muy fácil burlarse de los paletos; veremos, señor mio; yo le probaré á Vd. que un paletó no se deja engañar por un parisiense.

Con efecto, tres días despues un alguacil se presenta en el domicilio de la sociedad á notificar la demanda de las acciones en nombre del capitalista; pero ¡ay! la sociedad habia fallecido.

El accionista se volvió á su pueblo furioso, jurando y perjurando que la sociedad existe, que los administradores se han burlado de él, y que es cosa terrible el perder tan brillante ocasion de hacer fortuna.

MARIANO URRABIETA.

Algunas reflexiones

SOBRE LA APRECIACION DE LAS EVOLUCIONES DE LA LENGUA Y EL VALOR DE LAS VOCES.

Pluribus autem nominibus in eadem re vulgo utimur: qua tamen si diducas, suam propriam quamdam vim ostendunt.

QUINTILLIANO.

Nacen las lenguas con las nacionalidades; fórmanse y desarróllanse con ellas, sufriendo todos sus accidentes, todas sus vicisitudes, reflejando su carácter y su historia.

El habla castellana, que se formó allá en los siglos XI y XII ha satisfecho y probado la regla general (1). Nada fué durante el primer período de la monarquía goda: los vivos odios de raza lo impidieron. Estaban los godos sobrado cerca de sus bosques, de Roma los latinos, y de sus independientes montañas los cántabros, los vascos y demás antiguos pobladores de la tierra; de suerte que en tal época determináronse tan solo los elementos mas importantes del futuro romance.

Nada fué durante la confusion de razas, con las que tan solo consiguieron los unos corromper la lengua latina y desnaturalizar la gótica los otros: los montañeses preparaban y guardaban la cuna de las futuras nacionalidades. Nada fue, ni podia ser tampoco en los primeros momentos de la reconquista; todo entonces estaba reducido á la evocacion, á la restauracion continua de lo que habia sido: los últimos pedazos de la corona de Chindasvinto y Wamba, que brillaban todavía entre el polvo y la sangre y los destrozados de las batallas: los últimos girones de la bandera gótica salvados en Guadalete, y mal elevados en la lanza de Pelayo.

Mas despues de restaurada en otra forma aquella corona en Covadonga, despues que aquella bandera hubo cambiado sus viejos blasones, perdidos en la sangre de cien oscuros héroes, por nuevos timbres mas frescos, mas palpitantes; despues, en fin, que á vueltas de mil vaivenes y trastornos hubo constituido una fuerte y respetable nacionalidad sobre el suelo que ocuparan las lujosas tiendas agarenas; entonces percibiéronse, entre los primeros albores de la aurora de Castilla que levantaba y deshacia las brumas de una larga y terrible noche, los primeros vajidos del infante; un pueblo noble y jóven con una nueva enseña soltaba al viento con voz fresca y en toscas armonías las nuevas aspiraciones de su alma virgen.

Y el imperfecto romance nacido humilde en las montañas, cobijado en los concejos y conducido por los ejércitos, ganó las ciudades, y los castillos, y los palacios, y fué galante y valeroso como los que le hablaban, y poderoso y grande como el pueblo que le educara, y se despidió á los árabes, que tantas prendas le dejaron, y conquistó la América, y despojó la Italia, y volvió por fin á vegetar en su nativo suelo cuando se cansó la Providencia de asistirnos y asistirle, y nos entregó las garras del águila de dos cabezas que hizo de nosotros... algo de lo que hoy somos (2).

Cuando las lenguas así vegetan, que no viven, han parecido necesarios artificios que la sostengan, manos que escriban su historia y que descuiden y destruyan su porvenir que seguir no pueden. dándolas á gustar alimentos ya digeridos; entes, en fin, que al tratar de asistirles, ni las comprendan en su razon de ser, ni en la de su desarrollo y evoluciones precisas y naturales.

Las lenguas á fuer de fenómenos naturales bástanse á sí mismas y no necesitan esta suerte de guías, padrinos ó directores; mas en fin, hánselos dado ya, y las académias, porque de ellas hablo, estaban destinadas á marchar á su vanguardia, allanando y despejando los caminos, previniendo las necesidades y hasta los deseos y caprichos del hombre, necesitado y pobre de suyo, y de suyo voluntarioso, dejando el primer puesto á la suprema ley, naturaleza, que por todo vela y todo lo dirige; bien así como el general de division carga á la cabeza de su gente, dejando la superior y libre direccion de la batalla al general en jefe, cuyas prescripciones le cumple acatar.

Antójasenos, empero, que no ha penetrado la Academia la indole de la pupila que pretende dirigir, ni ha comprendido siquiera, y sea esto dicho sin agravios, su mision de tutoria.

Por lo que hace á la conservacion, ha escrito bien, muy bien sin duda, la historia del habla castellana, ha estereotipado sus bellas y puras tradiciones, y nada en verdad hallamos hasta aqui de malo. Tan solo haremos observar que este trabajo es ó inútil ó imposible: inútil, cuando los hechos generales, las evoluciones sociales y políticas le traen consigo; imposible, cuando hechos contrarios, evoluciones contrarias, arrojan de sí conse-

(1) Aun cuando los romances no se extendieron ni vulgarizaron hasta los siglos XI y XII, es muy aceptable la opinion de don Enstaquio Fernandez Navarrete, que segun manifiesta en su historia literaria de España en la edad media (artículos publicados en la revista del *Español*), creo que ya en el siglo VI pudo determinarse el carácter de la trasformacion que ya venia verificándose de muy antiguo; puesto que la lengua que se hablaba en la Península cuando sobrevino la irrupcion de los bárbaros (409) no era la latina pura, sino sumamente alterada y corrompida con restos del idioma de los primeros conquistadores y de los antiguos dialectos del pais, entre ellos el vasconcé, que exclusivamente se hablaba en alguna comarca.

(2) Todo el mundo sabe á donde radicaban las causas de la decadencia de España, que comenzó á pronunciarse ya en el reinado de Felipe II, de eterna y feijz memoria.

cuencias opuestas. Tal es el engrane y analogía de los hechos y movimientos universales ó siquiera sociales, que tal impresion en una rueda se hace sensible en toda la máquina, sin que basten á impedirlo los mas bien combinados esfuerzos de arteificio, inferiores precisamente siempre á los impulsos espontáneos de la naturaleza (1).

Por lo que hace á la direccion, no es bastante todavía el aplicar lo que llevamos dicho. Para la Academia no hay uso, no hay necesidades nuevas, no hay, en fin, movimientos en la sociedad ni variedad correlativa de fases en la lengua. La Academia, encerrada dentro de un círculo puramente práctico, estudia siempre y *á posteriori*, aprende la historia de memoria, y leemos de tiempo en tiempo, como se dice vulgarmente, *su cartilla*, transigiendo entonces *por acaso* con alguna rancia novedad. Mas todavía: los objetos materiales, los afectos, las ideas, no existen, no son mas que sombras; las palabras no son mas que grupos de letras cuando mas, representaciones de sonidos, y nada mas que de sonidos; la lengua tampoco es otra cosa que un capricho; que se enfrena y se maneja á voluntad *porque no se extravie*.

Lástima grande, por cierto, es que no pudiéramos acomodar los hechos al deseo; lástima que exista un criterio superior de apreciaciones; lástima, en fin, que seamos impotentes para crear sustancias, modos, relaciones, calidades, etc., que definir, con la facilidad que conseguimos y exponemos reglas y definiciones, con eso serian aquellas mas practicables, estas mas exactas, y en general nuestros conocimientos mas profundos, y sobre todo, mas *verosímiles*.

No es así, no, como deben apreciarse las precisas evoluciones de las lenguas, que hallan ya preparado su camino por causas *mas generales* y profundas que la simple casualidad; no es así, no, como deben evaluarse los conceptos y las voces, que tienen ya su plástica anterior y superior. Téngase presente que nada estudiamos que sea artificial, y que, mal que nos pese, tenemos que ceñirnos á lo que la madre naturaleza y sus precisas leyes nos han dado y preparado.

La palabra, esa noble facultad que puesta al servicio de nuestra voluntad inteligente, merece el título de *intérprete y brazo del alma*, que dignamente le dió uno de los hombres que mejor la han manejado (2), es, ya que no el fundamento de la sociabilidad, su primero y mas poderoso elemento, el vínculo que la realiza y hace permanente, sosteniendo nuestras comunicaciones inmediatas y necesarias, sirviendo de alas al pensamiento y de arma poderosa á la razon como á todas las demás facultades, y haciéndolas *prácticamente* útiles y posibles. Muy poco hay sin ella dentro de nosotros, nada sin su concurso fuera del círculo interior de accion personal. — El hombre, que desde que *ha sido* á la palabra del Criador, todo lo ha explotado y perfeccionado: el hombre, que conquista tras conquista marcha siempre triunfante ahuyentando las tinieblas, allanando las alturas, elevando los valles y salvando los abismos, arrastrando en pos de sí esclava y obediente toda la creacion; el hombre que desde Oriente á Poniente y desde uno á otro polo ha llevado su brazo armado con la antorcha de la civilizacion, haciendo servir á esta magnífica y portentosa obra todos los seres que la rodean, todos los elementos que la combaten, todas las flores que le halagan con sus perfumes y todas las espinas que le hieren con sus agudas puntas, nada de esto hubiera logrado sin la palabra. Solo, aislado, pequeño en fuerzas y en espíritu, hubiera sucumbido sin resistencia ante las poderosas fuerzas de una naturaleza enemiga y ante el grandioso aterrador espectáculo de su inmensa soledad: quizá no hubiera logrado propagar su raza, ni salir siquiera de las inmensas llanuras y espesos bosques de Senaar.

SALUSTIO DE ALVARADO.

(Se concluirá.)

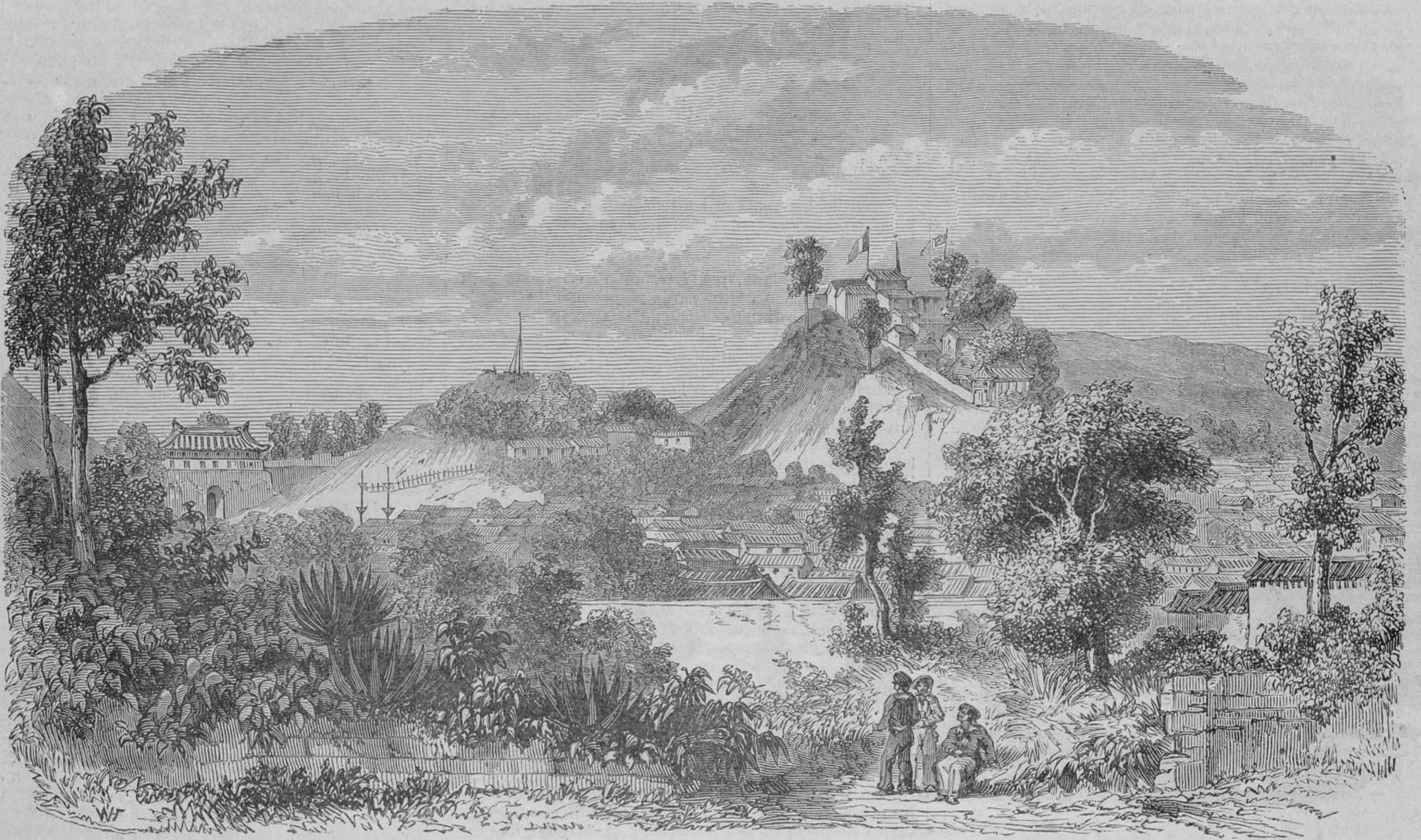
China.

Hé aquí las últimas noticias recibidas en Paris, al mismo tiempo que los dibujos que acompañan:

El conde de Elgin y su comitiva salieron el 3 de marzo para el Norte á bordo del *Furious*. El 9 llegaron á Su-teh-fu, donde se encontraba el obispo de Victoria. Las órdenes del emperador concernientes á Canton se recibieron el 6. El soberano desapruueba la conducta de Yeh. Peh-kwe (el gobernador) y Muh-ko-to-ma (el comandante), así como los demás oficiales principales quedan á la disposicion del tribunal de los castigos, que equivale á nuestros consejos de guerra. Aunque el traductor del rescrito imperial piensa que la Memoria dirigida por Peh y Muh al emperador para anunciarle la entrada de los bárbaros en la ciudad se escribió antes de que fuesen hechos prisioneros esos funcionarios, no se duda que las órdenes de Kien-Fung dejen de estar conformes con los deseos de los embajadores, como si S. M. los hubiese conocido. Peh, á pesar de estar á la disposicion del tribunal, continuará llenando las funcio-

(1) La preponderancia y exclusivismo de nuestra lengua desde el siglo XIV al XVI era inherente á la fuerza y poderío de que plenamente gozaba nuestra nacionalidad; así como la falta de pureza y espíritu de extranjerismo, de que ya se queja Feijóo en el siglo XVII, era y es una consecuencia fatal, irresistible del movimiento decadente que entonces comenzaba de esta vida prestada y postiza que vivimos en el orden intelectual y moral como en el social y político.

(2) Demóstenes.



Expedición de la Indo-China. — Vista del cuartel general francés, tomada de los jardines del Yamun del general tártaro, en Canton.

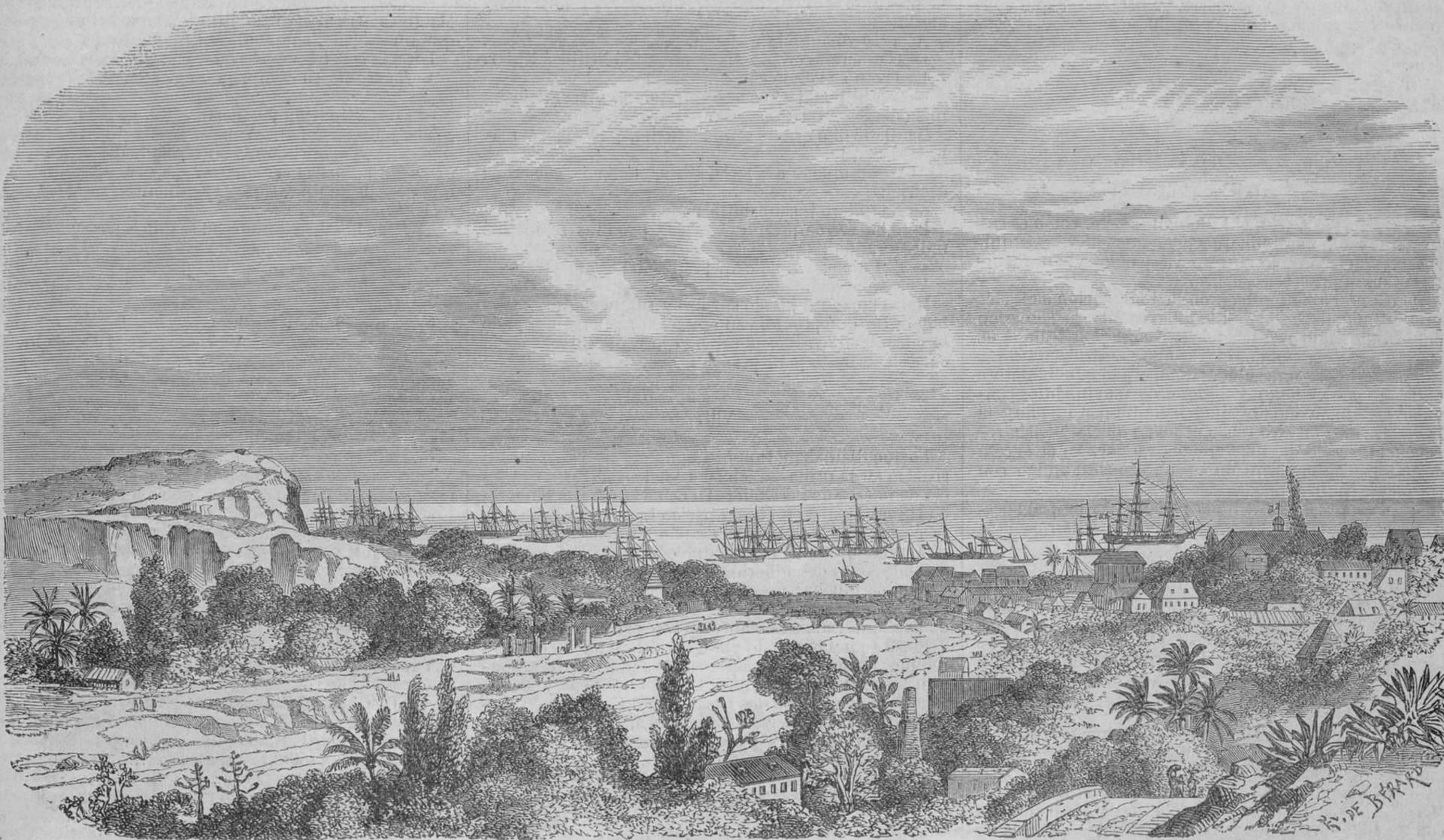
nes de virey en lugar de Yeh, que ha sido degradado. Después de haber recibido el edicto, Peh manifestó al punto su deseo de entablar las negociaciones; pero el conde de Elgin se había marchado y ha debido suspenderse el asunto.

No sabemos si el lenguaje del almirante francés y la proximidad de 3,000 soldados franceses á bordo de seis vapores han asustado á Peh-kwe, pero lo cierto es que á la llegada del almirante Seymour á Canton, le informaron que Peh-kwe consentía en dar guías á la expe-

dición contra los bandidos de la comarca, cosa que hasta ahora había negado. Se ignora generalmente que el gobierno español se ha asociado con los franceses en la expedición, y que ha enviado 500 soldados de la guarnición de Manila.



Cuartel francés en el Yamun del general tártaro, en Canton.



Colonias francesas. — San Dionisio, en la Isla Borbon.

Quando lleguen las tropas francesas que se esperan, es probable que se haga una visita á Schan-hung-fu. Solo una demostracion de esta clase puede poner en razon á los indigenas de la provincia. Los ministros ruso y americano se ignora dónde paran. El baron Gros y los almirantes inglés y francés están en Hong-kong. M. Oliphant y el vizconde de Contades han marchado á Su-tchu-fu, acompañados de los cónsules que representan á la Inglaterra y á la Francia en Shang-hai, así como del agente consular americano, para entregar una carta destinada al emperador.

Huracan en la isla de la Reunion.

La isla de la Reunion y la isla Mauricio sufrieron en el mes de enero último grandes destrozos por causa de un huracan de una fuerza inaudita. El viento sopló durante algunas horas en San Dionisio, donde están sacados los dibujos que acompañan, con una violencia increíble, y el mar agitado por la borrasca, y crecido en grandes proporciones, destruyó cuatro puentes de marina y destrozó la cabeza del puente imperial; los árboles arrancados, las ventanas hechas pedazos, las

techumbres y las cabañas destruidas presentaban un espectáculo lamentable.

Iguales desastres hay que lamentar en la Posesion, en San Pablo y en San Leu; pues únicamente en estos dos puntos perecieron mas de cuarenta personas que fueron víctimas de las olas furiosas.

Unos treinta buques aparejaron cuando se acercaba el momento de la borrasca. Segun las últimas noticias que han llegado á Francia, no se conocia todavía la suerte sino de diez y ocho de esos buques que habian vuelto al fondeadero de San Dionisio. El huracan se declaró



Huracan en la rada de San Dionisio.

al mismo tiempo en Mauricio, y parece ser que aquí han sufrido muchas averías los buques.

NOVELAS RUSAS.

EL ESPADACHIN.

(Continuacion).

— Quizas, dijo para sí Lutchkof, afecta, como es costumbre en él; una indiferencia de que carece ya; quizás no ha encontrado aun nuevas palabras para manifestar sus nuevas sensaciones.

Pero ¿no habia tambien en la indignacion de Kister un sentimiento oculto? Si le affigia tanto la confesion del capitán, ¿no era porque esa confesion trataba de María? ¿Estaria enamorado de ella el espadachin?... No, no; esto era imposible. ¡Enamorado aquel hombre de rostro amarillento y bilioso, de movimientos convulsivos, inflamado en aquel instante por una alegría brutal!... No; de otro modo el jóven oficial habria revelado el secreto de un verdadero amor. En el exceso de su felicidad habria dado un abrazo á su amigo con trasporte, con lágrimas en los ojos.

— ¿Qué dices, amigo mio? exclamó Avdiei; el suceso te sorprende y te disgusta; vamos, te he robado la princesa.

Kister se volvió en silencio hácia la pared.

— No puedo explicar mis sentimientos á ese hombre, se dijo para sí, porque no los comprenderia; me atribuye un pensamiento absurdo, dejémosle.

Avdiei se levantó.

— Veo que tienes deseos de dormir, exclamó con un tono hipócrita; no quiero servirte de estorbo; duerme, amigo mio

Y salió muy satisfecho.

Kister no podía dormirse; una idea, una sola idea le atormentaba con esa obstinacion bien conocida de los amantes desgraciados.

— Si Lutchkof, se decia, la mira con indiferencia, si María se ha declarado á él, no deberia hablarme de ella con un tono tan despreciativo y tan injurioso. María no es culpable; ¿cómo no he de compadecer á una pobre jóven sin experiencia?... Pero quizás ella misma ha dado la cita.... Lutchkof no miente.... no, nunca ha mentado... será un capricho de jóven... pero no le conoce, y le pone en el caso de que la ultraje... mañana quizás.... ¿No soy responsable de ello?... Yo hice su elogio, yo le llevé á esa casa... Por otra parte, ¿cómo podia prever?... ¡Cómo! ¿No es mi amigo?... ¡Qué desengaño! ¡qué lección!...

Y la historia de todo lo pasado cruzaba por la mente de Kister.

— Sí, le he querido, se decia; ¿y porqué he cesado tan pronto de quererle?... ¿Porqué he sido su único amigo?

El alma generosa del buen alemán habia cobrado afecto á Lutchkof porque los demás se alejaban de ese hombre insoportable. Pero el cándido Kister ignoraba hasta dónde se extendia su deber.

— Mi deber, se dijo, es prevenir á María. Pero ¿con qué derecho voy á mezclarme en ese asunto, en el amor de otro?... Porque conozco ese amor, porque conozco á Lutchkof... ¡Ay! añadió con amargura, es una naturaleza empedernida... Yo soy el único culpable... yo soy quien he perdido á esa jóven... ¡Buena pareja en verdad!... ¡Qué diablo! soy un egoísta... debo desear su felicidad... ¡Su felicidad!... cuando él se burla de ella!... ¿Cómo es que ha dado lustre á sus bigotes!... ¡Me parece!...

— ¡Ah! ¡cuán ridículo soy!... añadió al cerrar los ojos.

VII.

Al día siguiente por la mañana Kister fué á ver á los Perekatof. Notó al instante un gran cambio en María, y ella observó lo mismo respecto á él. Sin embargo, nada se dijeron, y contra su costumbre pasaron con violencia aquella mañana.

Por medio de alusiones y de equívocos, por medio de consejos afectuosos, Kister queria alcanzar el objeto que se habia propuesto; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. María veia con inquietud que la observaba atentamente, y la parecia que no sin intencion pronunciaba ciertas palabras.

Pero en su estado de agitacion creyó engañarse. Deseaba que se fuera presto, y á cada instante trataba de hacerse comprender indirectamente.

Kister veia su turbacion y adivinaba el temor que experimentaba de tener un testigo en sus amores, y cuanto mas se asustaba por ella, menos osaba hablar de Lutchkof, de quien tampoco hablaba María.

Al mismo tiempo el pobre Kister comenzaba á describir con claridad cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Nunca la jóven le habia parecido mas hechicera. Evidentemente no habia dormido en toda la noche; en su rostro pálido se dibujaban unas tintas de color de rosa; su cuerpo se hallaba un poco inclinado, y una sonrisa lánguida erraba sin cesar en sus labios; por momentos un rápido temblor corría por sus hombros de color de nieve; sus ojos se encendían y luego súbitamente se apagaban.

Nenila se sentó junto á Kister, y quizás con intencion

le preguntó por su amigo; pero María estaba muy alerta.

Así se pasó aquella mañana.

— ¿Comereis con nosotros? preguntó Nenila á Kister. La jóven se volvió con presteza.

— No, respondió Teodoro mirándola, mi servicio.... mis deberes... otro día será.

Nenila le dijo que lo sentia mucho, y lo mismo manifestó Sergio.

Al pasar al lado de María, Kister tenia intencion de decirle:

— No quiero incomodar á nadie.

Pero en vez de pronunciar estas palabras se inclinó murmurando:

— Sed dichosa... adios... ¡Cuidado!

Y desapareció.

María lanzó un hondo suspiro y se quedó muy asustada. ¿De qué procedia su agitacion? ¿Del amor ó de la curiosidad?... Dios lo sabe. Pero repetiremos que la curiosidad bastó para perder á Eva.

VIII.

Lo que llamaban Dolgui-Lugue era un vasto campo situado en la orilla derecha del Suejeda á corta distancia de la casa de Perekatof. La orilla izquierda cubierta de ruinas bajaba en cuesta hácia el rio, en cuya superficie una crecida cantidad de plantas acuáticas formaban una enramada espesa que ocultaban la corriente, dejando solo á descubierto algunas charcas, donde siempre habia muchas ánades. A media versta del rio á la derecha de Dolgui-Lugue se elevaba una colina llena de avellanos, álamos blancos y otros árboles.

El sol se habia puesto ya. Oíase á lo lejos el ruido del molino, ruido que parecia mas callado ó mas fuerte segun las ráfagas del viento. Los potros de la yeguada señorial andaban sueltos por el llano. Un pastor cantaba junto á sus carneros hambrientos, y los perros corrían tras de los cuervos para divertirse.

Lutchkof se paseaba por el bosque con los brazos cruzados. Su caballo que habia atado á un árbol, piaba con impaciencia respondiendo á los relinchos de las yeguas.

Avdiei se irritaba segun su costumbre. No estando seguro todavía del amor de la jóven, estaba descontento de ella y de sí mismo; sin embargo, su agitacion dominaba su descontento.

Al cabo se detuvo bajo un avellano y comenzó á dar de latigazos á las hojas. De repente oyó un ruido de pasos y vuelve la cabeza; delante de él está María, con el rostro encendido por su marcha rápida, sin guantes, con un sombrero en la cabeza, y un pañuelo blanco anudado de prisa en torno de su cuello.

La jóven bajó los ojos y pareció vacilar un instante.

Avdiei se fué hácia ella, y con una sonrisa forzada murmuró estas palabras con una voz apenas inteligible:

— ¡Cuán dichoso soy!

— Me alegro mucho haberos encontrado, se apresuró á decir la jóven; vengo aquí á pasearme muy á menudo y...

El capitán no la permitió que continuara su inocente mentira, hija de un sentimiento de pudor.

— Creo, repuso con tono grave, que vos misma habeis querido...

— Sí, sí... respondió ella con presteza; deseábais verme... deseábais...

No pudo decir mas y Lutchkof callaba igualmente.

María alzó los ojos con timidez.

— Perdonadme, dijo sin mirarla. Soy un hombre muy sencillo, y no tengo costumbre de hacer declaraciones á las mujeres... yo... deseaba deciros... pero me parece que no estais dispuesta á oirme.

— Hablad.

— Ya que lo exigis... os diré francamente que desde hace mucho tiempo, desde que tengo el honor de conoceros...

Y se interrumpió. María esperaba el fin de su discurso.

— Pero no sé porqué os hablo de esta manera, repuso, nadie puede cambiar su destino.

— ¿Qué destino?

— Lo sé, añadió Avdiei con gravedad; estoy acostumbrado á sufrir sus rigores.

María creyó que en aquel momento el capitán no tenia derecho para quejarse de su suerte.

— Hay buenas almas en el mundo, le dijo ella sonriendo; quizá demasiado buenas...

— Sí, María, me lo recordais con frecuencia, y sé apreciar vuestra bondad... yo... ¿no os enfadareis?

— No; ¿qué quereis decir?

— Quiero decir que me gustais mucho, María, muchísimo...

— Os doy tantas gracias, repuso la jóven confusa y con el corazón oprimido por un sentimiento de espanto; pero, ¡ved ahí qué cuadro tan hermoso!

Y le mostraba la selva velada ya por grandes sombras y alumbrada en otra parte por los últimos rayos del sol.

— Muy hermoso en efecto, murmuró el capitán regocijado interiormente porque le habia interrumpido su declaracion.

Estaba de pie delante de María.

— ¿Os gusta la naturaleza? le preguntó de repente mirándole con esa mirada suave, afectuosa y curiosa, que así como el sonido argentino de la voz solo pertenece á las jóvenes.

— La naturaleza.... dijo Lutchkof, seguramente.... Me gusta pasearme por la tarde, aunque no soy mas que un soldado, ageno al sentimentalismo.

Repetia con frecuencia que era soldado.

María seguia contemplando en silencio la pradera y los árboles.

— ¡Qué situacion tan particular! se dijo Lutchkof; ¿debo marcharme?... Vamos, ¡qué locura!... ¡Atrevimiento!... Permittedme la curiosidad, dijo con un tono de voz que queria ser alegre; pero desearia saber lo que pensais de mí... si no experimentais tambien alguna cosa...

— ¡Qué hombre tan torpe! se dijo María; ¿no sabeis, repuso, que las mujeres no responden jamás de un modo positivo á las preguntas positivas?

— Sin embargo...

— ¿Qué?

— Permittedme, desearia saber...

— ¿No es verdad, exclamó la jóven, que sois un gran duelista?... Decidme la verdad, añadió con una curiosidad sencilla; se asegura que habeis muerto á mas de un hombre.

— Con efecto, así es, respondió Avdiei con indiferencia atusándose el bigote.

— Y esa es la mano que...

La sangre de Lutchkof comenzaba á encenderse; hacia mas de un cuarto de hora que tenia delante á una jóven...

— Señorita, dijo con una voz brusca y dura; ahora conoceis mis sentimientos, ahora sabeis por qué he deseado veros... habeis sido bastante buena para... Decidme pues lo que debo esperar.

María daba vueltas á un clavel entre sus dedos; miró á Avdiei de reojo, se sonrojó y le respondió sonriendo:

— ¡Qué locuras me decis!

Y luego le entregó el clavel. El capitán la tomó la mano y la dijo:

— ¿Con que me amais?

La jóven se sintió helada de temor. No pensaba en hacer una confesion al capitán, no sabia siquiera si le amaba, y él la obligaba á declararse... ¿No la comprendia?

Esta idea surgió en la mente de María con la rapidez del rayo. En su inexperiencia no esperaba un desenlace tan vivo. Todo el día se habia repetido esta pregunta:

— ¿Me ama Lutchkof?

Habiase prometido un paseo agradable con una conversacion respetuosa. Quería coquetear un poco, quería domesticar á un ser tan adusto; quería darle á besar su mano... y en vez de ese juego inocente sintió de súbito en sus megillas los labios ardientes del espadachin.

— Sed dichosa, le decia; no hay mas que una felicidad en este mundo.

María espantada retrocedió, y pálida y temblorosa se apoyó en un árbol.

Avdiei se quedó cortado.

— Perdonadme, murmuró adelantándose hácia ella; á fe mia no pensaba...

María le miró fijamente sin poder desplegar sus labios. Una sonrisa desagradable erraba por los labios del capitán, y unas manchas rojas teñian su rostro.

— ¿Qué temeis? exclamó; entre nosotros todo está permitido.

María guardaba silencio.

— Vamos, ¡qué tontería! basta ya.

Y al decir esto la tendió la mano; la jóven se acordó de la recomendacion de Kister:

— ¡Cuidado!

Se moría de miedo. No obstante, tuvo fuerzas para gritar con voz muy clara:

— ¡Tanincha!

De uno de los grupos de avellanos salió de repente una robusta doncella.

Avdiei se estremeció. María, tranquilizada por la presencia de su criada, no se movía de su puesto; pero el espadachin temblaba de cólera; sus ojos echaban chispas, sus puños se cerraban, y al cabo soltó una risa convulsiva.

— ¡Bravo! ¡Bravo! exclamó; perfectamente; nada hay que decir á eso.

La jóven se habia quedado estupefacta.

— Veo, repuso, que habeis tomado vuestras precauciones. La prudencia me gusta, y todas las mujeres saben emplearla oportunamente. Las jóvenes de nuestros dias son mas astutas que los viejos. ¡Bonito es vuestro amor!

— No sé, exclamó María, quién os ha dado derecho para hablarme de amor.

— ¿Quién? vos misma.

Conocía que se iba perdiendo cada vez mas, pero no podia contenerse.

— He obrado con aturdimiento, dijo María; he cedido al deseo que me manifestásteis, pero contaba con vuestra delicadeza.

Avdiei se puso pálido. La jóven acababa de herirle en lo vivo.

— Comprendo, exclamó, que habeis querido burlaros de mí...

— No por cierto, al contrario, os compadezco...

— No me habeis de vuestra compasion, respondió Lutchkof encolerizado, para nada la necesito.

— ¡Caballero!

— No tomeis ese aire de princesa, es un trabajo inútil, no conseguireis intimidarme.

María dió con presteza algunos pasos atrás y se retiró. Avdiei perdía la cabeza.

— ¿Debo decir que venga á vuestro pastorcillo Kister?... ¿Será ese buen amigo quien os advirtió?...

— María no le respondió nada y se alejó asustada toda vía, pero alegre. La parecía que se despertaba de un sueño penoso, que renacía al sol y al aire libre.

— Avdiei, presa de una especie de delirio, echó algunas miradas inquietas en torno suyo, rompió furioso una rama y luego se lanzó á su caballo y le dió de espuelas con tal vigor que el pobre animal, despues de haber andado ocho werstes en un cuarto de hora, estuvo á punto de perecer aquella noche.

— Has a muy tarde Kister esperó en vano al capitán.

— A la otra mañana muy temprano se fué á su casa, pero el criado le dijo que su amo estaba durmiendo, y que había prohibido que entrase nadie en su cuarto.

— ¿Pero no ha preguntado por mí? exclamó Kister.

— No, respondió el criado.

— Kister muy inquieto dió algunos paseos por las calles, y al fin se volvió á su casa. Su asistente le entregó una carta.

— ¿De dónde viene esta carta? le preguntó.

— De la aldea de Perekatof.

— Kister sintió que temblaban sus manos.

— Os envían mil expresiones, repuso el asistente, y esperan la respuesta. ¿Doy una copa de aguardiente al mensajero?

— Kister abrió la carta y leyó lo que sigue:

« Querido Teodoro Teodorovitch, necesito veros al instante. Venid hoy mismo, si podeis. Por Dios, acceded á mi súplica, en nombre de nuestra antigua amistad. Si supiérais... pero todo lo sabreis... »

» Hasta luego.

» MARIA.

» P. D. Venid hoy sin falta. »

— ¿Con qué me permitis que dé una copa de aguardiente al mensajero? repitió el asistente.

— Kister, absorto en sus ideas, miró á su criado y no le respondió. El asistente salió y dijo al que había traído la carta:

— Mi amo me ha mandado que te dé una copa de aguardiente y que beba yo otra contigo.

IX.

— Cuando Kister entró en la sala de Perekatof, María le recibió con una fisonomía tan risueña y tan franca, le estrechó la mano con tal amistad, que el jóven sintió que su corazón se dilataba en una emoción de alegría.

— Pero sin pronunciar una palabra María salió un instante despues.

— Sergio, sentado en el sofá, entabló la conversacion; pero apenas había comenzado á enumerar, siguiendo su costumbre, las buenas cualidades de su perro, cuando María volvió á presentarse con un cinturón de color, un cinturón que le gustaba mucho á Kister.

— Nenila entró al mismo tiempo y manifestó á Teodoro una viva satisfacción por su visita.

— La comida fué muy alegre. Sergio, un poco animado, principió á contar una de las calaveradas de su juventud, cosa que no hacia jamás sin volver la cabeza, temiendo tropezar con la mirada de su esposa.

— Vamos á pasearnos, dijo María á Kister despues de comer con esa voz insinuante á que no se resiste. Necesito hablaros de cosas graves, muy graves, añadió con un tono solemne, mientras se ponía sus guantes de Suecia. Mamá, ¿venis con nosotros?

— No, respondió Nenila.

— Pues bien, marchemos.

— ¿Y adónde vamos?

— A Dolgui-Lugue.

— Que vaya Tanincha.

— ¡Tanincha! ¡Tanincha! exclamó la jóven saltando con la ligereza de un pajarillo.

— Un instante despues se dirigia con Kister á Dolgui-Lugue. Al pasar por el Prado, dió de comer á un cordero favorito, le cogió la cabeza y obligó á Kister á que le acariciase.

— Estaba loca de júbilo y hablaba mucho. La doncella le seguía á una distancia respetuosa, y de tiempo en tiempo miraba maliciosamente á su señorita.

— Kister, ¿estais enfadado conmigo? preguntó la jóven.

— ¿Y porqué lo he de estar, María?

— Hace tres dias... ¿os acordais?...

— No teniais buen humor... eso ha sido todo.

— ¿Porqué vamos así separados?... Dadme el brazo... Si, eso fué todo; pero tampoco vos estabais de un humor alegre.

— Es cierto.

— Hoy es otra cosa, ¿no es verdad?

— Sí, me parece que hoy...

— ¿Y sabeis el motivo?... añadió meneando la cabeza y sin mirar al jóven. Yo lo sé muy bien; es porque estoy con vos.

— Kister la estrechó la mano con presteza.

— ¿Pero nada me preguntais?

— ¿Y sobre qué?...

— No seais hipócrita... sobre mi carta.

— Esperaba...

— Si, prosiguió María, me alegro estar con vos porque sois bueno, porque no pretendéis... porque sois un hombre delicado...

— Kister no comprendia las palabras de la jóven.

— Cogedme esa flor... esa, que es tan bonita!

— María tomó la flor, la contempló un instante y luego de repente soltando su brazo, la puso sonriendo en el ojal de Kister. En aquel momento sus bonitos dedos casi tocaban á los labios del jóven. Kister los miraba, y despues alzó los ojos á ella. Entonces María inclinó la cabeza como para decirle:

— Os lo permito.

— Kister besó la extremidad de su guante.

— Entre tanto llegaban á la selva. María se quedó pensativa y silenciosa. Estaban en el sitio en que había encontrado á Lutchkof. La yerba pisoteada no se había levantado aun; las ramas doblegadas por los latigazos del capitán estaban mustias. María echó una mirada en su derredor, y luego volviéndose hácia Kister, le dijo:

— ¿Sabeis porqué os he traído aquí?

— No.

— ¡Ah! ¿cómo no me hablais hoy de vuestro amigo, cuando antes me haciais tantos elogios?

— Kister bajó la vista sin responder.

— Sabeis, repuso María haciendo un esfuerzo, que ayer le dí yo una cita en este lugar?

— Sí, lo sabia, repuso Kister con tristeza.

— ¡Ah!... entonces comprendo porqué hace tres dias...

— Segun parece, Lutchkof se apresuró á lisonjearse de su conquista.

— Kister iba á responder, y ella le cortó diciéndole:

— No me hagais ninguna objeción, el capitán es vuestro amigo, y acaso intentarais defenderle... ¡Ah! ¿Teniais noticia de la cita?... ¿Y porqué no me habeis impedido que acudiera á ella?... Conociais esa locura... ¿os era indiferente pues?

— No; pero ¿con qué derecho habría yo podido...

— Con el derecho de un amigo... pero él tambien lo es... lo siento... Ese hombre se ha conducido ayer de una manera...

— María volvió la cara; los ojos de Kister se encendian, pero su rostro se había puesto pálido.

— No os incomodeis; oidme, Teodoro, nada malo ha sucedido. Me alegro mucho haber recibido semejante lección... ¿Porqué pensais que os hablo así? ¿porqué tengo que quejarme de Lutchkof? No por cierto; no quiero ni acordarme de él; pero soy culpable con vos, amigo mio. Quiero explicarme, quiero suplicaros que me perdoneis y que me deis un consejo... Os habeis conducido conmigo tan francamente!... ¡Estoy tan á gusto en vuestra compañía!... ¡No sois un Lutchkof!

— Lutchkof es desagradable y grosero, repuso Kister; pero...

— ¿Os atreveis á emplear restricciones? Es desagradable, grosero, malvado y vanidoso, ¿lo entendeis?

— Hablais bajo la influencia de la cólera, María, murmuró Teodoro.

— Miradme, amigo mio; ¿se me conoce que estoy encolerizada? Pensad de mí lo que querais; pero si pudiérais suponer que hoy me acojo á vos por espíritu de venganza, ¡oh! entonces me irritaria de veras...

— Y al pronunciar estas palabras, la jóven tenia lágrimas en los ojos.

— Sedme franca, María.

— ¿Cómo! Miradme pues; ¿no soy franca con vos? ¿no leéis en el fondo de mi alma?

— Os creo, repuso Kister; pero decidme porqué motivo habeis dado esa cita á Lutchkof.

— A la verdad, yo misma no lo sé; queria que hablásemos á solas, me decía que aun no había tenido ocasión de explicarme... Ya la ha tenido, y os confieso que quizá será un ser extraordinario... pero es un hombre estúpido, no puede decir dos palabras seguidas... y es descortés... en fin, no debo acusarle demasiado... puede que me haya considerado como una jóven loca... Muy rara vez le había dirigido la palabra... excitaba mi curiosidad, y pensaba que era vuestro amigo...

— Por Dios, exclamó Teodoro, no le llameis amigo mio.

— No quiero romper vuestras relaciones.

— Pues yo estoy dispuesto á sacrificaros no solo mis amigos, sino... Entre Lutchkof y yo todo está concluido.

— María le observó con atención.

(Se concluirá.)

Curiosidades inglesas.

(Véanse los números 272, 275, 276, 277, 278, 279, 280 y 281.)

LOS PICK-POCKETS DE LONDRES.

Desde el reinado de Elisabeth hasta 1808 la ley inglesa imponía la pena capital por el robo sencillito, es decir, por el robo que no presenta ninguna de las circunstancias particulares que en otras legislaciones gradúan la criminalidad y hacen variables las penas. Por rigurosa que pueda parecer hoy semejante disposición, era necesaria entonces tanto por la multiplicidad de los delitos como por la audacia de los delincuentes. La Inglaterra no había llegado aun al desarrollo industrial y comercial que en nuestros dias la permite hacer subsistir por el trabajo á una población cuya cifra se ha doblado en el intervalo de un siglo; la miseria y la depravacion de las costumbres eran propias en aquel tiempo de las clases populares, y en tales condiciones el robo no podia menos de propagarse y extenderse. La severidad de la ley no intimidaba á los ladrones, y aun es probable que contribuyó poderosamente, si bien de un modo indirecto, á perfeccionar su industria. Testi-

monios de otra época confirman todo lo que sabemos acerca de la osadía y la astucia de los ladrones ingleses. Las modificaciones introducidas en diferentes tiempos en la legislación criminal no aumentaron el peligro bajo este punto de vista; pero puede afirmarse que á beneficio del sentimiento de humanidad que limitó las aplicaciones de la pena de muerte, el número de ladrones creció en proporciones considerables; Londres cuenta en el dia cincuenta mil individuos consagrados á la práctica del robo; esto es, de cuarenta habitantes uno ejerce esa culpable industria. De aquí se desprende al punto la idea del inmenso peligro que esa población terrible hace correr á la seguridad general. Por datos que parecen exactos se calcula en 40 millones de francos el total de los robos que anualmente se cometen en la ciudad de Londres.

— Sin embargo, se oye con frecuencia que la seguridad particular ha hecho en Inglaterra grandes progresos. Entendámonos: es cierto que los caminos están casi limpios de aquellos facinerosos terribles que con los nombres de *high waymen*, de *footpats* y *spicemen*, eran el espanto de los viajeros; Jonathas Wild, Pablo Clifford, Jerry Abershan, y en estos últimos tiempos el famoso Haynes, han desaparecido llevándose felizmente el secreto de sus expediciones atrevidas y de sus golpes criminales. La imaginación no puede turbarse en los caminos. El Támesis tampoco está surcado ya por aquellos piratas en pequeño que había en otras épocas, y los que quedan hoy no pueden recordar *honorablemente* los tiempos que precedieron á la creación de una policía especial para el Támesis.

— Vanamente se buscarian hoy en Londres la mayor parte de aquellos barrios misteriosos que servian de guarida á los criminales y cuyo nombre solo espantaba. Las calles sombrías y tortuosas de San Gil y de Westminster han sido reemplazadas por vias espaciosas, llenas de movimiento; de modo que cualquiera puede transitar confiado por esos lugares poblados de los recuerdos mas siniestros. ¿Cuántos motivos para calmar aun á los mas timoratos, si pudiera olvidarse enteramente que hay en Londres cincuenta mil ladrones que operan todos los años por un valor de 40 millones de francos!

— Difícil seria clasificar metódicamente por especies y por géneros las diferentes categorías de ladrones. Las especies y los géneros se tocan muy de cerca, y todas las distinciones establecidas hasta hoy nos parecen arbitrarias. Los ingleses han intentado este trabajo que han desempeñado con mucha confusión. Han imaginado sesenta clases ó variedades; es mucho: faltan evidentemente los caracteres para formar divisiones tan numerosas.

— Nos gustan los métodos sencillos, y pensamos que sin inconveniente pueden reducirse á tres esas sesenta variedades. En la primera categoría podrian comprenderse todos los individuos que cometen el robo con violencia, y entran aquí cuantos usan instrumentos de toda clase. La segunda categoría encerraria á los individuos que sorprenden la credulidad con falsificaciones materiales, como los falsarios; y por último la tercera se aplicaria á los individuos que usan prácticas perversas, y que solo toman su carácter criminal de una sutileza infame, como los rateros ó *pick-pockets*. Hablaremos en particular de esta última especie, que si no es la mas peligrosa, es sin duda la que burla mas la prudencia por medio de las formas variadas con que envuelve sus artificios.

— Por lo general la clase de los *pick-pockets* se recluta entre las víctimas de los juegos prohibidos, los filósofos de baja escala y los hombres sublevados contra las desigualdades de la vida social. Los *jockeys* despedidos, los pugiladores deshonrados en la arena, y los criados mal recompensados por la ingratitud de los amos suministran un contingente importante á esta categoría.

— Los *pick-pockets* son notables por su esmero en el vestir; esta afectación puede considerarse como un rasgo característico del oficio. En este punto se muestran observadores profundos, saben que un traje decente es un buen pasaporte en la sociedad. Los mas pobres procuran no echar en olvido esta práctica, y si por desgracia la fortuna enemiga les condena á llevar un paletó rapado y unas botas rotas, se engalanan con detalles accesorios de gran efecto, como por ejemplo, una cabellera bien rizada, ó una corbata reluciente ó el baston del sportman. Pero lo á que sus ojos completa la ilusión es esa florecilla que llevan con gracia entre sus dientes, símbolo hechicero de candor y de inocencia. ¿Cómo puede suponerse en verdad que el gusto de las flores que procede de una delicadeza exquisita en los sentimientos, pueda andar reunido con las inclinaciones depravadas? Por fortuna, los *policemen* que no penetran mucho los misterios del corazón humano, conocen mucho mejor las costumbres de los *pick-pockets*, y si hay víctimas de esa especie de idilio, no son ciertamente los *almirantes de la banda azul*, para los cuales una flor que se columpia en una boca es una señal de alerta.

— Ya hemos dicho que en todas partes el vestir bien es una recomendación poderosa; pero segun los países hay trajes que confieren verdaderos privilegios. En Italia un alzacuello, en Francia un par de charreteras, en Inglaterra un ancla en un boton de metal, dan á los que los llevan una consideración particular. Semejante observacion no podia escapar á la sagacidad de los ladrones de Londres, que naturalmente pensaron en apropiarse un crédito que cuesta tan poco y cuyos beneficios son seguros. Así entre los disfraces mas usados el uniforme de marino ofrece preciosos recursos para alejar la desconfianza y captar la benevolencia de un pu-

blico inclinado por una tierna predilección hacia el personaje de Jack, que individualiza las aspiraciones del pueblo inglés. Quien no ha oído las narraciones conmovedoras del falso Jack no sabe la abundancia de detalles patéticos con que la imaginación de pick-pocket engalana el cuadro de la borrasca y del naufragio. La escena interesa siempre y da derecho al héroe para emprenderlo todo á favor de la emoción que ha producido.

Sin embargo el pick-pocket experimentado desdena el papel de simple marinero, y aspira al galon con el ancla de oro. Se da á sí mismo una comisión sin garantía del gobierno, y orgulloso con el uniforme, se presenta en los clubs y en las sociedades á contar sus peregrinaciones á través del Océano. Le acogen muy afables las mujeres sensibles que desean oír de su boca las últimas noticias de la expedición de sir John Franklin, y le reciben bien los hombres que tratan de ilustrarse sobre las mejores operaciones que se pueden emprender en la Australia. El oficial de fortuna triunfa, causa admiración con sus conocimientos prácticos. No hay nada que deba sorprenderle: el tunante ha hecho quizá sus estudios en una de las *Academias flotantes* (*hulk* ó *ponton*) de Wolwich, de Chatam, de Sheerness ó de Deptford. Sin embargo, su destino es viajar; infaliblemente nuestro caballero de industria bogará de veras hacia la tierra de Van Diemen, ó la Nueva Gales del Sur, pero en calidad de convicto, y esta vez con la garantía del gobierno.

El *swell-mob* es una variedad elegante del pick-pocket. Tiene buenos modales y usa guantes nuevos en las grandes ocasiones. En las carteras es un sportman consumado, en la ópera un dilettante entendido, en la taberna un hablador imperturbable. Quizá podría convenir como miembro del parlamento, pero es judío y tiene el pié aplastado. A veces es sin embargo cristiano y ortodoxo, pero es



El raterillo (kiddy.)

El *groanner* puede considerarse como una variedad del buzman. Frecuenta los lugares públicos, y particularmente los meetings, donde señala su presencia con muestras exageradas de aprobación ó desaprobación; de aquí su nombre.

El *autem* constituye una variedad subalterna, este roba únicamente en los templos; es muy adicto á la Iglesia establecida, y está con los papistas en guerra abierta.

El *floorer* solo difiere del buzman por sus artimañas; opera con ayuda de un cómplice que está encargado de hacer caer á los transeúntes corriendo. El floorer se acerca entonces al desgraciado que está en el suelo, y mientras le ayuda á levantarse con demostraciones de un celo solícito, ejecuta su *trick*.

El *dingy*, nombre que proviene de una palabra tomada del caló y que manifiesta la acción de deshacerse de un objeto arrojándole, es otra variedad poco importante del buzman.

El *jeweller* es el que hace el galante con las mujeres y las roba sus halajas.

El *kidnapper* atrae á los niños á lugares solitarios y les quita cuanto llevan.

El *pincher*, de la palabra *pinch*, robar con el pretexto de cambiar una moneda, practica una clase de robo que parece sin probabilidades de buen éxito. Con asombro se ve que hay imbéciles que se dejan engañar con rollos de cuartos que les hacen tomar por oro y otras estratagemas por el estilo.

Propiamente hablando el *swindler* no es un pick-pocket, pero su industria va al mismo fin por maniobras sumamente variadas. La anécdota siguiente dará una idea de esta clase de robo. Un hombre vestido de eclesiástico se presenta en una de las principales platerías de Londres, y pide que le enseñen algunas piezas, entre las cuales elige media docena de cucharillas de plata que manda envolver y paga inmediatamente. En seguida manifiesta el deseo de regalar al obispo de Winches-



El marinero finjido.

mozo de billar, aunque nadie lo puede distinguir por sus maneras finas. Le gustaban mucho los placeres y la vida lujosa, y se ha convertido en pick-pocket. El *swell-mob* es un viajero impertérrito.

Visita todos los centros de la moda y particularmente los baños de mar. Frecuenta los railways como un paseante sempiterno, y en esta calidad es conocido de los empleados que todos le saludan. Suele suceder que al fin del camino toma por suyo el equipaje ageno; pero ¡cómo ha de ser! ¡es tan distraído!

El *swell-mob* se hace notar también por su constancia en asistir á los meetings, sea cual fuere su color. Le llaman reformista; debe serlo, y creo que la más importante de todas las reformas sería para él la de la policía que le incomoda horriblemente.

Las diferentes clases que se escalonan bajo este brillante tipo están comidas de celos y tratan de apropiarse algunos de sus esplendores. Como pertenecen á las profesiones más comunes, carecen de esa distinción de modales que permite al *swell-mob* el pasar por noble cuando es necesario. En tanto que este trabaja en una escena elevada, sus émulos se arrastran en lo más vil; no les falta la audacia, sino el aticismo del *swell-mob*.

Para instrucción de nuestros lectores, daremos á conocer las principales prácticas que emplean los rateros de bolsillos. Hé aquí el *buzman* que no es ni marino ni dandy, pero cuyo *bendigo* (gorrilla llamada así del nombre del pugilador que la puso á la moda) hace presumir que pertenece al *Ring*; ya cuenta él con este engaño. Su constante ocupación es pasearse por las calles, visitar los public houses, meterse entre la muchedumbre, y ¡ay de los bolsillos entreabiertos! En cuanto el *buzman* huele su presa, no se aparta de su lado. La cosa parece muy fácil, pero requiere mucha presencia de ánimo y una destreza singular. Los más astutos han debido formarse á beneficio de una aplicación larga y paciente. A veces hay que meter la mano en las profundidades de un bolsillo demasiado estrecho, ó bien un obstáculo imprevisto impide la sustracción de un reloj; ¿qué sería del *buzman* si no estuviera familiarizado con esta clase de dificultades? Su arte le enseña el modo de aislar el bolsillo que hay que vaciar; basta obligar á la víctima á levantar los brazos, lo que es fácil obtener entre la multitud clavando el codo en los sobacos del paciente. El *buzman* emplea entonces con una destreza maravillosa una especie de cortaplumas de hoja muy corta y bien templada que se adapta al dedo índice como un dedal y que le sirve para ensanchar la abertura de un bolsillo, y á veces para cortar una parte del frac ó del paletó.

En otras ocasiones, sobre todo en los días de lluvia, el *buzman* se da la apariencia respetable de un comerciante que va á la Cité y provisto de *waterproof* (capa hidrófuga), entra en un omnibus. Al instante coloca sus dos manos sobre sus dos rodillas; pero ¡atención! que oculta bajo su impermeable cuatro brazos, y los que deja ver son postizos. Las garras verdaderas están bajo la capa. — Los robos de esta clase son los más comunes, y los ladrones ingleses los ejecutan con una habilidad extraordinaria.

Se puede citar al joven Sine como uno de los más ilustres ladrones de bolsillos; á los quince años sacó en un día de los bolsillos de los transeúntes cuarenta pañuelos, además de algunos relojes y carteras. Este intrépido *buzman* fué cogido cuando acababa de vaciar los bolsillos de un magistrado del tribunal de policía de Marlborough Street, y condenado á la trasportación.



Oficial (sin comisión) de la banda azul.

ter una pieza importante. El platero se apresura á sacar los objetos más preciosos que tiene en la tienda. El eclesiástico se muestra indeciso, no sabe si el objeto agrada á Su Señoría, y á fin de disipar las dudas suplica al platero que mande á uno de sus dependientes al palacio del prelado con algunas piezas que ha elegido. El comerciante lo hace así; y al llegar á casa del obispo, el eclesiástico pregunta á uno de los criados por una persona que sabe que todos los días acude á ver al prelado á la misma hora. Le contestan que esa persona está con-

ferenciando con Su Señoría, y que no es posible incomodarlos; pero que si quiere esperar en la antesala le avisarán al punto que se haya concluido la conferencia.

El eclesiástico se va á la antesala con el dependiente del platero; pero apenas ha tomado asiento cuando registra sus bolsillos, y echando de ver que ha olvidado el tomar las seis cucharillas compradas, suplica al dependiente que vaya por ellas. En cuanto este sale dejando en manos del eclesiástico los objetos que debían presentarse al obispo, el santo varon sale á su vez del palacio bajo el pretexto de correr detrás del dependiente, y huye por otro camino. Este falso sacerdote era un *swindler*.

Tratándose de un ladrón audaz las prácticas del *swindler* pueden dar margen á operaciones inmensas. Los principales comerciantes de Londres se acuerdan del famoso Ricardo Coster, que hizo sufrir pérdidas enormes al comercio de 1815 á 1817. La vida de este aventurero fué de las mas extraordinarias. Coster nació en Oxford, y en un principio fué cochero. En sus frecuentes viajes á Londres quedó seducido por los atractivos de esta gran ciudad, y resolvió fijar en ella su residencia. Con efecto, se estableció en calidad de tendero de comestibles, pero en breve hizo quiebra y sufrió una pena de cárcel. Durante su encierro se halló en contacto con las heces de la sociedad. Aprendió de sus compañeros la práctica del robo, y manifestó tan buenas disposiciones, que hubieron de recibirle como uno de los suyos. Coster se aprovechó del beneficio de un bill temporal que acababa de darse en favor de los deudores insolventes, y fué puesto en libertad en 1812.

A su salida de la cárcel abrió un café que llegó á ser el punto de reunion de todos los *swindlers*; el establecimiento se convirtió en foco de las operaciones de una cuadrilla de ladrones, cuyo jefe era el amo. Muy luego alquiló cinco ó seis almacenes en la Cité, y formó en ellos diferentes comercios con nombres sociales diferentes. Dió un gran crédito á cada una de esas casas, mediante las noticias favorables que daba cada



El ladrón de manos postizas.

de profesiones intermedias relativas al encubrimiento. Hay una porción de viejas paradas á todas las horas del dia en las calles mas sucias de Whitechapel que compran á los raterillos todos los objetos procedentes de sus robos. Uno de esos muchachos que se hallaba aun en el principio de su carrera pudo cuando su proceso indicar el nombre y la morada de setenta y tres de esas mujeres con quienes habia estado en relaciones.

El crecido número de personas que han abrazado ese ramo de comercio no deja ninguna duda sobre la actividad de las transacciones á que da lugar, y su alta prosperidad. Tenemos un ejemplo famoso en la historia novelesca de Ikey Salomon, que dejó un nombre ilustre entre los ladrones y recogió en su estado una fortuna que se calculaba en un millon de francos. La vida de ese célebre encubridor está llena de aventuras y de las proezas mas extraordinarias. Al fin la suerte le vendió, y fué enviado á la colonia penal de Hobart-Town donde vive aun, si no nos engañan nuestras noticias. Pero su nombre es respetado aun por sus antiguos clientes, de quienes fué la providencia. A ese hombre precioso se deben las reglas actualmente observadas para la compra de los objetos robados. Antes los ladrones eran devorados por los encubridores; Ikey Salomon puso coto á ese abuso estableciendo precios fijos para los artículos análogos, y esas tarifas siguen vigentes.

Las costumbres de los ladrones ingleses presentan rasgos originales; sus principales caracteres han sido pintados por Carlos Dickens en su novela titulada los *Ladrones de Londres*. Está por hacer un estudio curioso sobre su lengua privada, que tiene el tono irónico propio de las costumbres á que se refiere. A veces tiene imágenes vivas que pintan energicamente los objetos. Así llama al rostro la página del título, la portada (*tittle page*); á la memoria swallow (golfo y golondrina), confundiendo en una misma idea lo que hay de profundo y fugitivo en esa facultad del hombre. Por una analogía chistosa llaman



El buz nan, ladrón de bolsillos.

hasta entonces habia favorecido sus transacciones le abandonó, y fué condenado á la trasportacion perpetua.

El *hoister* es un diminutivo del *swindler*. El *trick* del *hoister* consiste en presentarse en un almacén y en aprovecharse del descuido del amo para robar mercancías.

El *cadger*, el *mummer*, el *queer-plunger* y el *made-Tom* son rateros de un orden inferior; el primero se supone mendigo; el segundo trata de excitar la compasion con relaciones de desgracias imaginarias; el tercero desempeña el papel interesante de náufrago, y el último finge los accidentes y las convulsiones.

El *duffer* es un hombre obsequioso, importuno, que sigue por la calle al transeunte y le suplica que compre cosas de contrabando. Inútil es añadir que ese supuesto contrabando no pasó jamás por las manos de ningun *smuggler*.

Tenemos que decir algunas palabras del *ramp*, que forma una clase muy peligrosa. Hay en Londres, sobre todo en las cercanías de Drury Lane y en los barrios donde la prostitucion se ejerce muy abiertamente, unos cafés de mala apariencia frecuentados por lo último de la poblacion. Mujeres que solo tienen de tales la apariencia, tratan de llevar á esos cafés á todo forastero suplicándole que brinde con ellas. El que acepta semejante convite puede estar seguro de que le robarán; un narcótico mezclado á la bebida que le presentan le entrega indefenso á discrecion de la sirena.

Las mujeres suministran un contingente considerable al ejército de los ladrones, y se puede afirmar que ellas son mas temibles que los *pick pockers* mas astutos. Un hecho muy deplorable es la perversidad precoz de los rateros. Con el nombre de *Thieves Kitchen* (cocinas de ladrones) hay en la capital de la Gran Bretaña verdaderas escuelas de robo. Las costumbres de los truanes de la edad media no tienen nada que se acerque á las que se observan en esas guaridas. Desde la infancia enseñan allí á las criaturas las operaciones mas difíciles del oficio. Contaba últimamente un oficial de policía ante los tribunales que habia sorprendido á un ladrón de marca que profesaba un curso de robo entero y verdadero al uso de unos niños, de entre los cuales el mayor no pasaba de ocho años. En el centro de una habitacion inmunda estaba tendida una cuerda de la que colgaba un frac, en cuyo bolsillo habia una porción de cascabeles. Los muchachos eran castigados si no sacaban esos cascabeles sin hacerlos sonar y si hacian que se moviera la cuerda. Fácil es comprender cómo debe aprovechar tal educacion á los que se dedican al oficio; por eso esas pobres criaturas son un verdadero azote para la sociedad; no hay un ladrón un poco ejercitado que no tenga bajo sus órdenes muchos de esos raterillos.

Los encubridores (*fences*) prestan su ayuda á la industria de los ladrones. Es imposible conocer el número de individuos consagrados á ese tráfico criminal. Desde el *pawn-broker*, ó prestamista sobre prendas, hasta el *ropavejero* de la última clase, se cuentan una infinidad



El swell mob, ladrón judío.

Wall flowers á los harapos de las prenderías; es tambien la flor que crece en las paredes.

El agua se designa con el nombre de *cerveza de Adán*. La boca se llama la mentirosa (*mummer*); el hombre de justicia, la caja negra, (*black box*); la plata acuñada, el baston de Robin (*Bob stick*). Detengámonos aquí, porque seria muy largo enumerar los términos de este caló de los ladrones de Londres.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO EL DIA 14 DE MARZO DE 1838.

DISCURSO DEL SEÑOR CUETO.

Juicio crítico de Quintana como poeta lírico.

(Conclusión.)

Quintana dejó escritas sus Memorias. Allí veremos tal vez la crónica de su alma y la relacion de sus persecuciones y de sus triunfos: entre aquellas, la época en que, cruelmente encarcelados Quintana y nuestro ilustre Presidente el señor don Francisco Martínez de la Rosa en dos calabozos contiguos, angostos é infectos, horadaban clandestinamente ambos poetas el muro medianero que los separaba, para comunicarse sus esperanzas y sus penas: entre estos, la coronacion del venerable anciano como poeta en 1833; remedo de la coronacion del Petrarca en el Capitolio, que por diferencia de tiempos y costumbres fué considerada por la nacion, que ya habia tributado al poeta la corona de su admiracion, como una especie de anacronismo.

Nosotros no hemos llegado á ser todavía la posteridad para Quintana. ¿No es de temer que al juzgar su vida, nos puedan cegar las sugerencias del orgullo, una de las mayores dolencias morales de la edad presente? Bástenos decir que subió, sobre el pedestal de las letras y con aplauso de todos los partidos, á los mas encumbrados honores de la sociedad en que vivia. Poco importan los pormenores biográficos cuando se trata de tan eminente poeta. En sus versos es donde están su vida, su alma, su verdadera historia.

¿Y de qué serviría, para aquilatar el alcance de su inspiracion, escrudiñar los movimientos de su alma y descubrir tal vez en su vida ó en su carácter alguna exageracion ó algun extravío? Las exageraciones y los extravíos son fruto de índoles apasionadas, y no podemos olvidar que la pasion es casi siempre madre de la poesia. Si hallais un hombre sin defectos humanos, perfectamente igual y sereno, inaccesible para las emociones de la flaqueza ó de la ira, ese hombre podrá ser santo, pero de seguro no es poeta.

Quintana, si no sabe sostener siempre la unidad limpia y tersa del lenguaje, es, por su temple, su elevacion y su nobleza, digno alumno y rival de la musa antigua. No ha producido con sus obras ese rumor fugitivo que tomamos por gloria, y que á veces no es mas que el eco de nuestras pasiones y de nuestros entusiasmos de un momento. Ha grabado su alma en su poesia, y ha dejado estampado en ella el sello de la inmortalidad. Su nombre vivirá mientras viva el habla castellana, mientras alienten corazones españoles que sepan palpar al recuerdo de la gloria de la grandeza de la patria.

Contestacion del Excmo. Sr. D. Antonio Alcalá Galiano al discurso del Sr. Cueto.

Señores: Desde sus dias primeros esta real Academia tuvo por costumbre llamar á su seno, á la par con literatos que lo eran de profesion, y señalados ya como escritores, á personajes, ó de la mas ilustre cuna, ó distinguidos por sus servicios y categoría adquirida en las diversas carreras por donde se concurre al buen gobierno y asimismo al lustre del Estado. Imitaba este cuerpo, al componerse así de miembros de diferente especie, á la Academia francesa, de la cual era en cierta manera un renuevo plantado en nuestro suelo por el primer rey de España de la antigua y excelsa estirpe de los Borbones. De tal costumbre casi puede decirse que se ha olvidado la Academia; porque vivimos en dias en que pretendemos darle todo al mérito personal, menospreciando cualquier otro linaje de consideraciones, de forma que el valor literario es el único título que abre estas puertas y da asiento en estos escaños. Pero quiere la fortuna que haya casos en que es posible atender á un mismo tiempo á méritos de distinta clase, adquiriendo la Academia, en la eleccion de un nuevo académico, varios géneros de lustre, para aumentos del que ya posee, debido á la alta calidad, que en sí tienen, y á ella toda comunican, muchos esclarecidos ingenios, y hombres de vasta y profunda instruccion y de las mas elevadas categorías sociales que hoy la componen, con una sola excepcion, y es la de la humilde persona que en este momento está ocupando la atencion del respetable auditorio aquí congregado. De estos casos ha habido, y no pocos, de lo cual da testimonio la lista de ilustres próceres y altos empleados, que siendo juntamente aventajadísimos escritores, han honrado estos asientos. Y uno de estos casos ocurre ahora cuando recibimos en nuestro gremio á un empleado de alta esfera, distinguido por sus merecimientos y acierto en la práctica de los negocios; que con estas circunstancias hermana la de tener conocimientos literarios nada vulgares, juicio crítico claro y agudo, y talento de escritor probado, si no en largas obras, por desgracia de nuestra España harto escasas entre nosotros, en varios breves trabajos donde, á las dotes de un buen estilo va agregada una diction correcta, y en cuanto cabe en los dias presentes, asimismo castiza. Por esto no duda la Academia de que el voto unánime que ha hecho al señor don Leopoldo Augusto de Cueto nuevo miembro de este antiguo cuerpo, recibirá de la aprobacion pública una ratificacion no necesaria, pero al cabo lisonjera. Y debe confirmarla en su opinion el elocuente,

erudito y bien razonado discurso que acaba de oír, tan completo y satisfactorio, que nada deja que decir á aquel, sobre cuyos flacos hombros pesa en este momento la obligacion de contestarle.

En ocasiones como la presente es lo comun pronunciarse discursos sobre alguna cuestion de nuestra historia literaria, antigua ó moderna, siendo la mención del académico, cuya muerte ha dejado vacante el puesto que entra á ocupar el nuevamente electo, una parte no mas, y parte como episódica, en el todo de la composicion del que es admitido y del que le responde. Hay, sin embargo, otras, bien que raras veces, en que el sucesor toma el juicio del carácter literario de aquel á quien sucede por tema principal de su trabajo. Eso aconteció en el dia en que fué de nuevo ocupado el asiento dejado vacío por la temprana muerte del insigne Donoso Cortés, á quien confio, nadie extrañará que nombre con el apellido á que dió tanto esplendor y no por su bien merecido título de marqués de Valdegamas. Y lo mismo sucede, y es natural que suceda en este dia, cuando el académico que es recibido entra al lugar antes ocupado por don Manuel José Quintana, personaje por tantos diversos títulos famoso é importante, cuyo valor altísimo componian y realzaban calidades de muy vária naturaleza, y acaso mas todavía que sus prendas de escritor en prosa y verso, y de atinado crítico, circunstancias particulares que habian venido á hacerle como cabeza de secta, y (para valernos de una expresion comun) patriarca, tanto de la literatura española contemporánea, cuanto de una parcialidad política, cuya causa ha triunfado y sigue triunfante en nuestro suelo, aun cuando no sea enteramente completo su triunfo. En verdad, Quintana, aunque no desempeñase destinos de los superiores del Estado, y aunque en su larga vida mas haya sido consejero ó maestro que actor en las terribles lides en que han contenido por la dominacion opuestas doctrinas y encontrados intereses de ellas nacidos, si debia, y con justicia, el elevado concepto de que habia llegado á gozar en sus últimos años á sus calidades de literato y autor, debia no menos la veneracion con que era mirado y algunas de las extrañas honras que recibió á su situacion del mas antiguo, autorizado, fervoroso y constante dogmatizador y sustentáculo de la fe religiosa y política que cuenta entre sus padres á los filósofos franceses del siglo XVIII, y entre sus triunfos la revolucion de Francia en 1789 y todas cuantas de ella han sido copias mas ó menos ajustadas y cabaes. Pero ni la Academia, ni quien ahora está hablando en su nombre, deben ni intentar considerar á don Manuel Quintana como á hombre político. Al llegar á estas puertas dejan fuera de ellas los académicos toda otra calidad que no sea la de cultivadores y guardadores de la lengua patria. Aquí dentro todos solo como tales entran, y solo como tales viven: aquí mismo y en esta hora solo como tales deben ser juzgados. Con todo eso, hay circunstancias en que, para juzgar á un autor y sus obras, para tasarlas y para darles el merecido elogio, si no ha de dársele uno vago y trivial, es fuerza ir á averiguar en el escritor lo que influa en su mente, no para aprobarlo ó desaprobarlo, sino á fin de conocer y poner en claro cómo se formaba su complexion literaria del alimento intelectual con que se sustentaba y de las fuentes en que bebía, y de las cuales sacaba su inspiracion principal, ó diciéndolo con mas propiedad, su inspiracion verdadera. Porque si Quintana es grande, y sin duda alguna lo es, debe su grandeza á ser el poeta de la filosofía del siglo próximo pasado, su cantor, su panegirista, y (si me es permitida una voz nueva) su aplicador en gran manera á la nacion de que era hijo, y de que vino á ser ornamento.

Una consideracion viene en este momento á la mente de quien está ahora ocupando vuestra atencion, y juzga oportuno exponerla á su auditorio por cuanto puede contribuir á esclarecer el mejor modo de juzgar á Quintana. Casi al mismo tiempo en que lloraba España la pérdida de este su célebre poeta, y á poco de haber sido tributados á su persona honores de una clase insólita entre nosotros, y solo usada alguna vez en Italia, fallecia en la vecina Francia otro poeta de no menor celebridad entre sus compatriotas, y mas que otro alguno favorecido y halagado por el aura popular, yendo á competencia, gobierno y pueblo francés, en colmar de distinciones á sus despojos, y en estos á su nombre. Ya se entenderá que hablo de Beranger. Entre los dos objetos de tanto aplauso y de tanto obsequio, habia una semejanza, no obstante ser muy desemejantes en el tono y forma de sus composiciones; siendo el español solemne y pomposo siempre, y nunca satírico ni festivo, y el francés en la apariencia llano, y aun cuando se elevaba, sencillo y con frecuencia burlesco y cáustico, y queriendo y logrando el primero mantenerse en las altas regiones por donde, segun uso y rito antiguo, volaba y debia volar el poeta lírico, mientras el segundo, con el humilde título de coplero, no sin ambicion, se remontaba á menudo en los pensamientos, y se dejaba llevar por vivísimos afectos, si bien aparentando no elevarse del terreno donde se habia granjeado altísima y merecida fama. Y con tanta diferencia de forma entre las obras de Beranger y las de Quintana, se parecian la suerte y aun el mérito de este á los de aquel, en ser en el uno y el otro alabados y honrados á la par el patriota y el poeta, siendo consideraciones políticas, mas aun que literarias, las que movian á muchos de sus admiradores y elogiadores á extremarse tanto en la alabanza, y á dar tan expresivas muestras de aprecio á los ilustres difuntos; lo cual está probado con solo considerar que, entre quienes concurrían al triunfo póstumo de los dos, en sus respectivas patrias,

abundaban personas para quienes el mérito en las letras era, ó cosa desconocida ó materia de todo punto indiferente. Pero como podrá haber quien diga que esta separacion de los dos caracteres no es difícil de hacer, y que, hecha ya, á nosotros toca desatender la parte política, y dedicarnos exclusivamente al exámen de la literatura, bien será dar por respuesta á esta objecion prevista que la separacion deseada es, si no imposible, poco menos, pues en Quintana y en Beranger están tan mezcladas las materias que constituyen su valor ó su entidad intelectual y moral, que ha de trabajar mucho y segun es probable, en balde, quien vaya á quilatar la parte poética, pura ya de toda liga. En nuestro célebre compatriota está simbolizado lo llamado modernamente liberalismo de nuestra España y de nuestros dias, ó de los inmediatamente anteriores, en que entran gloriosos recuerdos del levantamiento de 1808 en defensa del honor é independencia de nuestra patria; de la porfiada contienda, con heróico teson sustentada, contra el poder gigante de un pérfido y violento usurpador; del sesgo que tomaron los negocios de la política interior en el discurso, y particularmente en los dias últimos de aquella guerra; y por último, de los excesos de una persecucion atroz, por ningun motivo racional justificada, ni aun siquiera con pretextos de algun valor culpada.

En el coplero francés vemos el epítome y tipo ó la genuina expresion de la democracia francesa, mas amante de igualdad y de gloria militar que de libertad política ó civil fundada en las leyes; ufana de grandes victorias alcanzadas, desesperada y casi rabiosa de posteriores reveses padecidos, y aspirando al fin á que una sociedad de tal clase siempre aspira, al de ser regida por caudillos populares con autoridad omnimoda, aunque transitoria, y cuyo poder pese sobre los grandes y sobre los extraños, dando á los pequeños y propios la satisfaccion de ver rebajado el orgullo que les es enojoso, y en alto y gloriosísimo lugar la representacion de sus pasiones é interés, por ellos mismos creada y sostenida, ó en cuya creacion se figuran haber tenido parte.

En cuanto á nuestro Quintana, si bien las glorias de España en 1808 son de todos los españoles en general, y de ninguno en particular, el poeta de las odas á *España libre*, el principal escritor del *Semanario patriótico* en su primera época, el hombre por cuyo conducto hablaba al pueblo la Junta Central en las horas de grandes sucesos y gravísimos ahogos, puede reclamar, y aun hubo de conseguir, que de la suma de méritos contenidos por sus compatriotas, le sea adjudicada, dando á cada cual su merecido, una parte muy considerable. Ahora, pues, este carácter patriótico y filosófico es Quintana todo, ó diciéndolo como se debe, Quintana cuando es ingenio de primera clase; y por eso en él, mas que en otros muchos, es inseparable la naturaleza de las doctrinas que abrazó y proclamó del precio legítimo de sus obras.

El de las de Quintana hasta 1808 no estaba tasado tan alto como lo ha estado, y con razon, posteriormente. Al revés, su persona, como cabeza de secta aun no públicamente reconocida, por no consentirle las circunstancias, pero ya existente, gozaba ya de una importancia no leve. No es propio de este lugar, y tampoco juzgo conforme á nuestro deseo, hablar de la vida de Quintana, pero puedo repetir, sin temor de equivocarme ó de ser molesto, que no solo es lícito, sino hasta conveniente, valerse de datos sacados de su situacion para el aprecio de su ingenio y de sus escritos.

Por lo mismo será bueno aquí advertir que, si Quintana era estimado y declarado buen poeta y buen crítico, pero no el mejor de los poetas de su tiempo ni el crítico de gusto clásico mas acrisolado, su casa, donde solian concurrir los mas afamados literatos de aquellos dias, era á manera de un congreso de hombres adictos á las doctrinas favorables al mayor ensanche de la libertad política y religiosa, siendo en la concurrencia el ilustre dueño de la mansion como el presidente de los allí asociados.

Entonces, si habia ya publicado Quintana en la primera edicion de sus poesías las odas á *Guzman el Bueno* y á la *Invenccion de la Imprenta*, bien que esta última muy mutilada; si habia dado á luz su composicion sobre el *Combate de Trafalgar*; y si en el *Pelayo*, representado con medianamente feliz éxito, habia expresado pensamientos y afectos de ardiente amor de patria, y si tenia escritas, y segun es de creer, habia enseñado á sus amigos las seis odas que con el título de *Poesías patrióticas* dió luego á la estampa y juicio público en las horas de mas hervor de la guerra de la Independencia, todavía el conjunto de sus trabajos generalmente conocidos no bastaba á darle un carácter peculiarísimo, ni le habia alcanzado el altísimo concepto de que despues, con justicia, ha disfrutado, de que hoy mismo goza, y de que debe seguir en posesion, sin temor de que haya quien con buenas razones le dispute sus derechos á su clara fama.

Y esta se puso en el puesto en que hoy está, y donde debe estar y conservarse, cuando pudo Quintana descubrirse todo tal cual era verdaderamente. Quintana, para valernos de una expresion algo rancia ya, si tiene varias cuerdas buenas en su lira, solo tiene una de mérito sobresaliente; pero cuando la pulsa, sus sonidos no solo deleitan, sino que arrebatan, inflaman, arrastran, enternecen, moviendo los pensamientos mas levantados juntamente con los afectos mas nobles y sentidos. Pulse otra cuerda, y no sonará mal; pero hará poco efecto. Y aun hay algunas en las liras de otros que en la suya faltan. Si habla del amor, es hasta frio. De la religion, como una de las cosas que mas subliman y conmueven

el alma, el poeta nada dice. A la belleza y perfecciones de la naturaleza externa, se muestra indiferente ó desatento; y de sus relaciones con nuestro interior, no hallamos en sus versos mención alguna notable. Veamos, por ejemplo, cómo consideraba Quintana al mar en la, por otra parte, bellísima composición que lleva este título. Estaba el poeta ansioso de admirar, y sobre todo, las obras y fenómenos sublimes de la naturaleza; los volcanes en erupción; el mar en la grandeza de su inmensidad. Madrid y sus cercanías mal podían satisfacer tal deseo. Corre, pues, Quintana á las playas de Cádiz; llega á ver el Océano, le saluda arrebatado, le contempla y empieza á describirle. Unos pocos períodos de buena, pero algo vaga descripción, le bastan: pasa después á las ideas que por natural asociación se le presentan á la mente, y nada ó poco piensa, nada ó poco dice del Criador ó de la creación; olvida las obras de Dios por las del hombre, y la *navegación* es lo que le ocupa, y sus efectos en la civilización es lo que canta. Sin duda alguna, si hubiese escrito el mismo Quintana odas á los planetas, no los habría celebrado como pregoneros de la gloria de Dios, sino que se habría valido de ellos para ensalzar en hermosos versos, como hace en la oda sobre la *Invencción de la Imprenta*, los progresos de la astronomía y de las ciencias físicas con ella enlazadas. Aun la hermosura es á sus ojos, mas una perfección artística y exterior, que un medio de conmovernos; que un objeto destinado á influir en todo el ser de quienes la contemplan. Pero trátase de los progresos del entendimiento humano, del amor de la patria, de la libertad política, de la dignidad del hombre (que para él siempre es ciudadano), en fin, de todo cuanto era y todavía es costumbre llamar conquistas de los siglos últimos desde el XVI al XVIII, y el volcan del pecho de Quintana revienta, y rompe en viva luz y en llamas abrasadoras, y despide torrentes de materias ígneas, que admirán al espectador y aterran al adversario, siendo magnífico en el concebir, y no menos en la expresión de sus conceptos, y poeta eminente en el mejor y mas lato sentido que tiene la voz *poesía*. Ténganse por ciertas ó por falsas, por provechosas ó por perjudiciales sus doctrinas, forzoso es admirar la elaboración mental con que las funde en hermosísimas creaciones poéticas; y la fogosidad é intensidad con que siente y comunica lo que siente, de forma que como poeta patriótico y filósofo no es arrojado decir que no tiene rival en la lengua castellana, y que á nadie es segundo en los de otras tierras y otras edades.

A su mérito correspondieron los efectos producidos por algunas de sus obras, favorecidas por las circunstancias. Cuando en su espléndida oda primera á *España libre*, exclamaba:

Dadme una lanza.

Ceñidme el casco fiero y refulgente;

Volemos al combate, á la venganza, etc.

cedía á un arrebatado de entusiasmo irreflexivo, que no es de creer hubiese podido conservar, si su brazo, poco apto para las lides, ó su cuerpo, nada á propósito para llevar los duros trabajos de la guerra, hubiesen blandido la primera, ó cargado con el grave peso del segundo; pero en vez de lanza, había ya tomado la pluma, y siguió manejándola y haciendo con ella cruda guerra á los enemigos de su patria, consiguiendo abrirles mas sangrientas, profundas y enconadas heridas, que podría haber hecho con las armas mejor templadas y manejadas el mas diestro é intrépido soldado. No hicieron mas los cantos de Tirteo que las efusiones líricas del poeta español, pasado á ser uno de los primeros empleados, y el principal escritor de las alocuciones al público del gobierno, al cual tocó en suerte estar al frente de la nación en uno de los períodos mas importantes de la, ya por mí citada, desigual y gloriosa contienda sustentada contra un coloso en lo material y en lo intelectual, por un pueblo que solo podía oponer á la superioridad enorme de su contrario el inmenso poder que dan las fuerzas morales.

Y las reflexiones que acaba de oír mi auditorio están en su lugar hablando de Quintana como poeta, porque en sus proclamas no era otra cosa. Disimúleseme que lo repita, porque es fuerza tenerlo siempre fijo en la mente; cuando Quintana es grande, grandísimo en prosa ó en verso, lo es en su línea. Su *Pelayo*, ¿porqué no ha de decirse? como drama, es producción de corto mérito; y no podía ser otra cosa, porque el buen poeta dramático ha de desaparecer, trasformándose en los diversos personajes que crea y luego mueve; y en Quintana no hay cosa que á trasformación se parezca ó se aproxime. Por otro lado, las proclamas de la Junta Central, como documentos políticos donde habla á una nación su gobierno tienen algo que tachar, y en algunas cosas no sin fundamento han sido tachadas. Pero considérense, según deben ser considerados, varios trozos del *Pelayo* como proclamas encaminadas á excitar, mantener y avivar pensamientos y afectos patrióticos, y júzguense las proclamas como odas en prosa destinadas á producir los mismos efectos, y se encontrará la unidad, y con la unidad la excelencia del artífice y de sus trabajos.

En la magnificencia de sus conceptos y en la pompa y energía de su estilo cuando obedece al númer que verdaderamente le inspira, desaparecen completamente las faltas que se notan en sus obras cuando se le apaga ó amortigua el fuego que le enciende; lo cual acontece siempre que trata materias ajenas de aquellas en que encuentra, para valernos de una voz hoy ya en poco uso, su verdadero estro. Entonces no deja de merecer las censuras que de su prosa hizo con pasión violenta é

injusticia notoria el célebre Capmani, y que de sus versos hacían otros de sus contrarios. Tienen ojos de lince los enemigos para descubrir lunares en los objetos de su odio, y si bien es cierto que su mala voluntad los ve donde no los hay, y los abulta donde existen; y que su malignidad unas veces los supone no viéndolos y otras los pondera cuando los halla, suelen en ciertas ocasiones poner á la vista manchas que no eran visibles entre el resplandor de obras admiradas con justo motivo. Así era comun tachar en Quintana galicismos frecuentes, impropiedad en el uso de las voces y con particularidad de los epítetos, falta de flexibilidad en el estilo y algo como laborioso y premioso en la expresión, así como pobreza en la rima; censuras no siempre injustas, aunque debían confesar los censores que al lado de períodos trabajosos, y en sus poesías, entre versos no fáciles, solían aparecer otros valentísimos, rotundos y sonoros, tales que no tenían superiores, y apenas pueden conocer iguales en toda nuestra poesía antigua ó moderna.

Pero Quintana no ha sido solo poeta. Como poeta, sin embargo, va juzgado hasta ahora, porque en su mejor prosa hay los caracteres distintivos de su mejor poesía. Obras suyas nos quedan, sin embargo, por las cuales merece estimación, aunque en ellas no se adviertan dotes poéticas; pero al decir estimación va dicho todo cuanto puede decirse en su elogio. De *las vidas*, juzgando en ellas la forma y no el fondo, podría decir quien no temiese aparecer jugando con el vocablo, que carecen de vida, esto es, de la dote que mas hechiza y mas se echa de menos cuando no aparece en las biografías, y que da tanto valor á los famosos paraieles de Plutarco. Mas mérito se advierte en las *Cartas á Lord Holland*; pero aun en ellas, para encontrar las prendas de una buena historia, es forzoso que influya en el juicio una pasión favorable.

Como crítico está Quintana á no poca altura; y considerando las doctrinas dominantes cuando él concebía y daba sus fallos, la alabanza debe subir de punto, hasta declararle de los mejores en nuestra lengua, en tiempo que no era llegada la hora de una crítica de superior naturaleza, fundada en mejores y mas espaciales y altas bases, y que descubre mucho mas extensos horizontes. Porque á la verdad, si nuestra época lo es de decadencia, punto controvertible y en el cual puede sustentarse lo cierto abogando las mas contrarias opiniones, pues según el aspecto por donde se miren las cosas hay justicia en dar diferentes y aun contradictorias sentencias, en la crítica parece indudable que ha hecho el mundo civilizado notabilísimos progresos. Quintana era un crítico por el estilo del francés *La Harpe* y del escocés *Blair*, examinador mas de las formas de los escritos que del espíritu que los anima; creyente con firme fe en unas reglas invariables para todo lugar y tiempo, y observador del clasicismo griego según las interpretaciones latina y francesa moderna. Así, mirando, por ejemplo, el drama como composición en que tiene una parte principal la mecánica, y como obra muy perfectible y perfeccionada con el curso de los siglos, contraponía á la tragedia griega en sus comienzos, que apellidaba *las heces del Téspis*, los grandes *cuavros de la Sfigenia* y del *Tancredo*, como si esta última obra dramática, la mejor ciertamente de la vejez de Voltaire, pero obra ya de la decadencia de un poeta (solo mediano en sus mejores días y en sus mejores tragedias, según hoy confiesan sus mismos paisanos, aun los mas apasionados admiradores de Corneille y Racine, y elogiadores del mismo Voltaire como escritor en prosa ó en poesías de las llamadas ligeras) fuese uno de los modelos mas dignos de aprecio y alabanza. Tal juicio pone en claro la norma de la crítica de Quintana; pero bien será repetir que no por ello merece censura, si se atiende á cual era su escuela. En esta su escuela, tal cual es, juzga Quintana con pleno conocimiento de materia, con erudición bien aplicada, con agudeza, con tino, y hasta con cierta dosis de sensibilidad indispensable en el buen crítico. Sus trabajos en la obra periódica titulada *Varietades de Ciencias, Literatura y Artes*, sus *introducciones* á las colecciones de poesías castellanas antiguas y modernas, por él mismo ordenadas, y otros trozos sueltos de su pluma, acreditan sus superiores dotes para juzgar, ajustándose á la legislación que él creía buena, y por la cual era guiado en sus fallos. Y á veces su ingenio le impelia á adelantarse á su siglo y á su fe literaria. En la misma *introducción á la colección de poesías*, donde una mala tragedia de Voltaire está citada como prueba de la perfección del arte, hay un juicio sobre nuestros romances atinadísimo, agudísimo, y notable además, porque sobreponiéndose hasta cierto punto á los preceptos de su fe antigua, divisa y empieza á sentir y á seguir las doctrinas de otra fe nueva. En el mismo discurso, al juzgar las poesías del bachiller Francisco de la Torre, y declarar imposible que fuesen parto del ingenio de Quevedo, entra en consideraciones del espíritu, mas que de las formas de las composiciones que examinaba, y por principios casi de la crítica novísima, resuelve bien, sin mas datos que los de la evidencia interna, una cuestión que ha sido últimamente tratada en esta Academia con infinitamente superior erudición, de un modo harto mas comprensivo, con miras que se extendían mas, y con muy superior juicio, por dos de nuestros compañeros, cuyos discursos, oídos con singular placer, deben estar todavía impresos en nuestra memoria.

Bien está al terminar nuestros juicios sobre Quintana, de los cuales el primero es tan notable por lo bien pensado y expresado, cuanto inferior el segundo y digno solamente de ser mirado con indulgencia, hacer una reflexión en que se encuentra la disculpa de la temeridad

con que un ingenio corto, solo ayudado por muy escasa instrucción, se arroja á medir y tasar la estatura y valor de un varon clarísimo, justamente reputado una de las glorias modernas de nuestra patria. La crítica adelantada; y hombres de corto valer, con mejores instrumentos que sus antecesores, hacen trabajos, si no de superior mérito, de mejor especie. Así, cuando aciertan, á su época y no á ellos es debida la alabanza. Era sin duda hombre superior el autor cuya pérdida hoy lloramos; pero luces nuevamente adquiridas nos dan medios para encontrarle su valor, aun cuando á la par se le descubran sus imperfecciones; de donde resulta provecho indudable á la causa del buen gusto, con tal que al desabrimiento y rigidez de la censura, corresponda y supere el entusiasmo en la aprobación.

Esta regla conviene no perder de vista al pronunciar sentencias sobre las obras maestras y los mas altos y esclarecidos ingenios en las artes y en las letras. Si á ellas ha faltado quien acaba de ocupar vuestra atención, culpa habrá sido de su poca habilidad y no de su deseo; desacierto, y no malicia: pues sin dejar de creer conveniente notar las sombras á la par con las luces en los hombres grandes y en las mejores producciones del ingenio humano, hasta con la idea de hacer mas perceptibles los primores dándoles el debido realce, todavía se complace en confesar que con los defectos inherentes á la humana flaqueza, merece inmortal renombre, y es de creer que le alcance colocado en uno de los primeros lugares entre los españoles que han honrado á su nación, el ilustre don Manuel José Quintana.

La instrucción pública en Argelia.

La instrucción pública entre los musulmanes que estuvo tan floreciente en los primeros tiempos del Islam, fué decayendo desde la época en que los sectarios de Mohammed, detenidos en su invasión en Occidente, debieron retroceder perdiendo para siempre sus facultades invasoras.

En el momento de la conquista francesa en Africa la instrucción elemental se daba en pequeñas escuelas *mezids*, establecidas generalmente en las dependencias de una mezquita, de una capilla consagrada á la memoria de un morabito, ó por último bajo la tienda en medio de las tribus donde residen los jeles.

La enseñanza superior se practicaba en los *mederssa*, contiguos á los grandes establecimientos religiosos.

A mayor abundamiento habia maestros de escuela ignorantes, fanáticos y estúpidos que esparcían la enseñanza elemental en las tribus.

Por lo demás, hasta el momento en que los franceses se ocuparon en regenerar los estudios entre los musulmanes, la autoridad suprema habia permanecido extraña á todo lo concerniente á la instrucción en general.

Lo mismo sucedió en las tierras del Islam desde los primeros califas. Los particulares atendían á las necesidades de los establecimientos de instrucción, mediante fundaciones piadosas y diferentes socorros, reclamados y entregados en nombre de la religion; y aquí es oportuno observar que los franceses al posesionarse del pais embargaron las fincas que formaban parte de esas donaciones sin pensar en cubrir las necesidades que estaban destinadas á satisfacer.

Tres *mederssa* de un orden superior, destinadas á formar los altos funcionarios del culto, los profesores, los *cadhis*, los secretarios (*khodja*) fueron instaladas desde hace algunos años en Tlemcen, Blida y Constantina. El Estado paga á los profesores y hace los gastos principales de los establecimientos; las tribus mantienen á los jóvenes que envían á esas escuelas.

En cuanto á los individuos encargados de la enseñanza primaria en las tribus, reciben subvenciones pecuniarias todos los años, y las autoridades locales están encargadas de fomentar esta enseñanza. Pero la tarea es muy difícil en lo que toca al personal; los maestros de escuela son por lo comun hombres ineptos é incapaces, llenos de preocupaciones y de fanatismo, y los alumnos se resienten generalmente de las disposiciones de los maestros.

La instrucción en esas escuelas se limita á aprender de memoria y á escribir maquinalmente versículos del Koran, que ni maestros ni alumnos comprenden; fomentar una instrucción por el estilo, parece tarea poco útil. Sin embargo, la autoridad ha tomado para la instrucción pública en las ciudades medidas importantísimas, que con el tiempo producirán sin duda alguna profundos cambios en los estudios musulmanes. En las principales poblaciones de la Argelia se han establecido escuelas árabes-francesas donde se han combinado las enseñanzas primarias de ambas naciones.

Nuestro primer dibujo representa una escuela de esta especie instalada en Argel.

Además se ha fundado recientemente en Argel un colegio árabe-francés y el morabito Si-Mohammed-ben-ali-Cherif, uno de los hombres mas influyentes de la Argelia, jefe de la grande *zauia* de los Illulen (Kabília), ha mandado á su hijo á ese establecimiento, ejemplo que será de mucha fuerza para decidir á sus correligionarios.

También se han creado escuelas primarias árabes-francesas para las jóvenes musulmanas de algunas ciudades. Madama Luce fué la primera que dió en Argel el ejemplo de reunir á las niñas indígenas para inculcarles un principio de instrucción, así como algunas nociones de costura, bordado, etc.



Instrucción pública musulmana en Argelia. — Escuela de niños bajo la dirección de M. Depiellé.

Nuestro segundo dibujo representa una sala de la escuela de madama Luce.

Bajo la influencia de las maestras francesas las jóvenes musulmanas tomarán seguramente ideas que las serán provechosas; pero es de desear que no se consagren con exceso á los artículos de modas; el vestido de las musulmanas mas elegante y mas cómodo que el de

las francesas, exige poco trabajo de costura, y la importación de los vestidos parisienses no es un progreso que deba desearse en Argelia. Sugiérenos este pensamiento la niña de cara vivaracha que se encuentra en la parte superior bajo el mapa de Marruecos, la cual en vez de atender á su costura arroja en torno suyo miradas curiosas. Tememos que se acuerde demasiado de las dan-

zas locas de su país, y que á poco que la animen no se aficionen mas tarde á la crinolina.

Concluiremos por decir que estos ensayos de escuelas árabes-francesas solo se han comenzado en algunas ciudades, y que dejan fuera á la gran mayoría de la población musulmana que forma las tribus.

F. H.



Escuela de niñas, bajo la dirección de Madama Luce.